

A mi gran
amigo Antonio
Bosch
Diciembre 8. 1952.

PANORAMAS DE ANTAÑO

(San Antonio de los Baños en el siglo XIX)

POR LOS DRES.

Julián Vivanco, Francisco Pérez de la Riva, Rodolfo Tro Pérez
y Rosario de Cárdenas de Pérez de la Riva.

IMPRENTA BELASCOAIN 909

H A B A N A

1951



que
las
ue-
ra-
bo.

en
de
se
y
rá-
la

os
or
a-
in
is.
se

n-
e-
le
n

is
e
n
o
o
o

“MELIORIBUS ANNIS”

No hay mejor medio de conocer una región en su historia, vida y costumbres, que por las cartas y Memorias de los viajeros que la visitaron en épocas distintas.

Siguiendo tales ideas, nos decidimos a publicar este libro, como un cálido homenaje de recordación y reconocimiento a los viajeros y escritores que hasta aquí llegaron y que con su pluma nos dejaron hermosos cuadros de aquel San Antonio que se fué, dándolo a conocer por todos los caminos del mundo.

que
lás
ne-
ra-
bo.

en
de
se
y
rá-
la

ros
or
ia-
an
is.
se

n-
e-
te
n

as
te
n
o
l-
o
l-



VIAJES Y VIAJEROS DE ANTAÑO

Al recorrer cómodamente en automóvil, en una hora, la distancia que separa La Habana de San Antonio de los Baños, la ciudad que hace más de un siglo fundaron mis antepasados, no pude menos de pensar en aquellos viajes y viajeros de antaño que venciendo mil dificultades y contratiempos visitaban en épocas pasadas la hermosa ciudad del Ariguanabo.

La Isla de Cuba hace un siglo era todavía la perla más preciada en la corona de los Reyes de España y su nombre, rodeado de exotismo y de romance, era sinónimo de los productos tropicales que cada vez más se abrían paso en los mercados del mundo: la caña de azúcar, el tabaco y el café, pero junto a estos tres propagandistas de nuestro suelo, tres trágicos fantasmas alejaban y atemorizaban al viajero: el cólera morbo, la viruela y la fiebre amarilla.

Los viajes eran incómodos, largos y peligrosos y los pocos viajeros que se aventuraban en ellos sólo lo hacían por interés económico, por necesidad administrativa o en busca de remedio para su quebrantada salud que requería climas más benignos que los nórdicos. Muy pocos eran los que sólo perseguían la aventura y el conocimiento de nuevas tierras. El turismo aún no era considerado como industria y los gobiernos no se preocupaban de dar facilidades al viajero.

La comunicación entre la Isla de Cuba y el continente Europeo, entonces como hoy, se hacía por dos rutas, bien directamente desde la Metrópoli, las más de las veces con largas escalas, o bien desde el continente europeo a los Estados Unidos, siendo muchos los viajeros que nos visitaban luego de haber recorrido aquel país.

La comunicación con España se hacía primero en lentos e incómodos veleros que salían de los puertos de Cádiz y Sevilla con más carga que pasaje llenando la función de "Correos de Indias" y posteriormente en barcos de vela y vapor procedentes de otros puertos españoles, haciendo la travesía ocasional muchos barcos de armadores extranjeros en un azaroso ir y venir entre la Metrópoli y sus colonias americanas, no siendo sino a mediados del siglo XIX que España establece servicios normales transatlánticos.

Los viajes a los Estados Unidos, si bien eran más cortos, no por eso brindaban mayor comodidad. Terminado el bloqueo continental, Inglaterra estableció una línea regular en 1816, con el nombre de "Boule Noire" cuyos barcos hacían la travesía del Atlántico en 23 días, perteneciendo a esta compañía el navío mayor del mundo de entonces, con 1,400 toneladas, llamado el "New World", y el "Dreadnought" que se hizo célebre por haber realizado lo que parecía increíble: un viaje de Liverpool a New York en 14 días.

En 1830 un cambio en las construcciones navales, dando menor altura pero mayor tamaño a las velas, crea los "clippers" que disminuyen el tiempo de las travesías de manera notable, tardándose en ir de el Havre a New York, de 18 a 20 días.

La alimentación a bordo era mala y costosa, debiendo llevarse en los barcos animales vivos, vacas para la leche, y cerdos o carneros, que eran sacrificados para la carne. Los pasajeros debían llevar sus propias provisiones para toda la travesía, incluyendo estufa para cocinar y una pequeña olla. Los animales debían ser comprados por el pasajero, que debía vigilar se les diese agua y forraje. Como la duración del viaje dependía del viento, que muchas veces los alargaba días y días, se debía estar provisto de víveres para varios meses, sino se quería tener que recurrir al rancho de la marinería: un poco de caldo, un bizcocho y agua con azúcar y limón, para evitar el escorbuto.

En 1838 el "Royal William" tomó por primera vez pasaje de Liverpool a New York al precio de 140 pesos, incluyendo la alimentación y sólo dos años más tarde los barcos de la Administración Postal de Francia establecieron restaurante para los pasajeros, cobrando la comida a 6 francos en primera clase y 4 en segunda, siéndoles obligatorio tomar la comida del barco, no así el pasaje de tercera, que no tenía mesas y podía, si lo deseaba, llevar sus propios víveres.

Desde los puertos americanos venían a los de Cuba numerosos barcos de armadores particulares, saliendo de los puertos del Atlántico, principalmente de Boston, New York o Charleston y New Orleans, desde donde se tardaba en 1850, siete días en llegar a La Habana.

El equipaje del viajero del siglo pasado era más reducido que el de hoy, la necesidad de llevar víveres para el viaje disminuía el deseo de llevar exceso de ropa, que era adquirida en el lugar de destino. Los baúles eran pesadas cajas de madera o de cuero, y ya a mediados de siglo, aquellos baúles de madera llamados "mundo", de tapa redonda con contrafuertes de metal, forrados en su interior de papel con una o dos divisiones en forma de entrepaños, que una vez cerrados eran atados con gruesas sogas. El viajero colocaba en ellos a más de sus efectos personales toda suerte de remedios más o menos útiles que otros viajeros les recomendaban y de los que estimaba carecería en el sitio al que se dirigía.

Antes de comenzar un viaje, tanto españoles como extranjeros, del proveer del pasaporte y licencias necesarias, en muchos casos de la tramitación, debiendo ser presentados a los Jueces de arribadas y ex defecto al Comandante Militar de Marina que debía autorizarlos en puertos de embarque si el pasajero procedía de la Metrópoli. De acuerdo con lo dispuesto en el Bando de Gobierno del Capitán General Valdés 1843, nadie podía desembarcar en la Isla sin pasaporte a no ser que hubiese perdido por fuerza mayor en cuyo caso tenía que justificarse, biendo entonces presentar fiador que respondiese de su persona y libertad durante un año, siendo requisito para los pasaportes de extranjero el estar visados por los cónsules de España. El pasaporte debía tener siempre encima, pues todo aquel que viajara sin él era detenido por pechoso hasta tanto justificase su procedencia y el objeto de su viaje. Para visitar algún punto de la Isla era necesaria licencia del Gobierno Político o de los Tenientes Gobernadores Políticos o Militares donde residía autoridad superior a ellos o por los Alcaldes ordinarios en las poblaciones donde no los hubiese.

Al viajero le era difícil documentarse sobre la Isla antes de emprender su viaje, a no ser por las narraciones de otros viajeros, no siempre exactas, o por las cartas de amigos y familiares y por los libros publicados. La mayor parte de las veces escasos, y con noticias históricas, estadísticas y políticas o meras narraciones que si bien despertaban el interés de poco o ningún conocimiento práctico sobre la Isla. Las llamadas "Guías de Forasteros", que comenzaron a publicarse en La Habana a fines del siglo XVIII, a semejanza de las de Madrid, eran más almanaques. Guías y sólo contenían una detallada relación de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas con alguno que otro dato referente a la administración pública, pero sin ninguna información para el viajero que diese orientarlo con relación a su alojamiento, itinerario o precios y medios de transporte. Una de las primeras "Guías", útiles al viajero, el "Directorio de la Ciudad de La Habana y Extramuros" de D. Eduardo Yones, publicado en 1842, bajo los auspicios de la Real Sociedad Patriótica. Dicha obra no sólo contiene una lista por orden alfabético de los nombres, direcciones, empleos, cargos y profesiones de los vecinos de La Habana, sino otras noticias de importancia para el viajero, tales como nombres y direcciones de los Cónsules extranjeros en la ciudad, los precios de las principales compañías con sus itinerarios y los precios de pasaje, así como una serie de anuncios de los principales comercios y servicios, entre los que figura la "Mansion House", en Güines, anuncio que redactado en inglés, ofrece las ventajitas de la casa construida al estilo inglés, con ventanas de cristales, estufas Franklin y otras comodidades ofreciendo caballos y carruajes para excursiones, siendo a nuestro juicio el primer anuncio de tipo turístico publicado en Cuba.

Si el viajero de antaño encontraba mil dificultades para llegar a nuestra Isla, una vez en ella, para continuar sus viajes, éstas eran todas mayores. El tráfico entre La Habana y las poblaciones del interior, eran puertos, se hacían en su mayor parte por mar, ya que los caminos

eran pocos y malos, llegando a afirmar Saco, en 1829, en su "Memoria" sobre ellos, que "no había en toda la Isla ni una sola legua de buen camino". Las pocas calzadas que partían de La Habana apenas si llegaban a las poblaciones vecinas que desde la segunda mitad del siglo pasado comenzaron a formar sus barrios suburbanos, como el Cerro, Puentes Grandes y Jesús del Monte. A partir de ellas se transformaban en caminos reales, teóricamente de 24 varas de ancho, pero que en ocasiones eran sólo trillos entre montes y potreros en tramos intransitables cuando las lluvias y llenos de zanjas, producidas por las ruedas de las carretas, y sin puentes que cruzaran sus ríos y arroyos. Los viajes a los pueblos vecinos debían hacerse a caballo, en largas y cansadas etapas, o en volanta, evolución rural del quitrín, criolla adaptación al trópico de la calesa madrileña. La volanta fué el vehículo por excelencia para los malos caminos. Ligera, pese a su apariencia pesada, sus dos grandes ruedas la ayudaban en terrenos pantanosos. Su caja, abierta por delante, pero mayor que en la calesa y el quitrín, se encontraba colocada delante de las ruedas y suspendida del eje y el travesaño de las barras por anchos correones de cuero que hacían las veces de muelle, dándole gran estabilidad y movimiento. En su parte trasera, entre las ruedas, llevaba un pescante donde se ataba el baúl de viaje con correas. Era tirada generalmente por 2 ó 3 caballos, uno colocado entre las barras y los otros a su costado, montando el calesero uno de ellos y conduciendo por las riendas los otros. Cuando la volanta se atascaba, los caballos de la parte de fuera podían tirar en ángulo ayudando a su compañero a salir del mal paso, dirigidos por el calesero.

Las volantas de alquiler no tenían el lujo de las particulares, pero brindaban sus mismas ventajas para hacer más llevaderos los malos caminos. Los caleseros sustituían en ellas la clásica y reluciente chistera galoneada por un sombrero de paja o de yarey y la librea por traje de hilo crudo, ciñendo al cinto un largo machete de hoja estrecha, más para desbrozar el camino de ramas que para ser utilizado en defensa personal.

Para llegar a San Antonio de los Baños, antes de que el ferrocarril lo uniese con La Habana o acortase la distancia llegando a Bejucal, era necesario tomar el camino real llamado de la Vuelta-Abajo, que partía de la Calzada de Jesús del Monte, reuniéndose los viajeros en el café situado en extramuros, llamado primero "Café Pizarro" y más tarde "de la Regencia" o en el del "Universo", fonda y café situado frente al Campo de Marte, donde se veían traficantes de tierra adentro, compradores de tabaco, guajiros y viajantes de comercio que venían del campo a pasar varios días en la Capital, o esperaban en él vehículos o cabalgaduras que los condujeran a la Vuelta-Abajo.

Allí se daban los concurrecidos bailes de Soto que reunían tantos espectadores en el espacioso colgadizo como bailadores en el salón, bailándose el clásico "Zapateo" y entonándose guajiras y puntos criollos, mientras en las mesas del interior se jugaba al Monte.

Los caminos solían ser seguros, pese a lo desiertos, a no ser a fines del siglo pasado, cuando aprovechando la intranquilidad creada por luchas de independencia, algunas partidas de bandoleros asaltaban a viajeros que se aventuraban solos por los caminos reales.

El ferrocarril, establecido en Cuba antes que en su Metrópoli, menzó a sustituir los viajes por los malos caminos. Un ramal comenzó a funcionar entre La Habana y Bejucal en 1837, acortando en más la mitad la distancia entre La Habana y San Antonio, transportando el primer año 10,778 pasajeros, cifra que 3 años más tarde, en 1840, mentó a 172,611 pasajeros al año, aumento que demuestra la gran facilidad que introdujo en el transporte.

Los primeros carros eran pequeños e incómodos, siendo construídos en los Estados Unidos, al igual que las locomotoras. Anunciando los pasajeros de la empresa que sólo se permitía llevar como equipaje en el ferrocarril "una maleta, un sombrero y un gallo de pelea". El baúl tenía que ser enviado por carga.

El ferrocarril mejoró rápidamente entre nosotros, afirmando Haza en 1866, fecha en que estuvo en Cuba, que "cuando uno entra en los carros del tren, le admira su apariencia fresca y aireada. Las ventanillas no tienen cristales, sino simplemente persianas, de tablillas muy delgadas para permitir el paso de la mayor cantidad de aire. Los asientos, así como sus respaldos, son de rejilla. La manera como dan salida al tren es ridículamente curiosa, no haciéndolo con los vivos y rápidos sonos de una gran campana y el perentorio "Señores viajeros al tren" del conductor; sino por medio de un chino medio cubanizado, con blusa azul y zapatillas, que camina arriba y abajo del andén, sonando una campanilla como si estuviera vendiendo baratijas y no anunciando la salida del tren". (54).

Existían carros de primera, de segunda y de tercera clase, montados en los primeros contados pasajeros, siendo en gran parte señoras; además viajaban en carros de segunda, con asientos almohadillados o de madera, y en los de tercera la gente pobre, los trabajadores y las personas de color.

Los trenes solían salir a su hora, marchando en algunos sitios a gran velocidad, según contaban los viajeros de entonces, las vías estaban bien construídas y mantenidas en buenas condiciones, siendo norteamericanos la mayor parte de los ingenieros.

Hoy, que viajamos rodeados de comodidades y rapidez, no podemos menos de pensar con agradecimiento en aquellos viajeros de antaño, que echando en saco roto sus incomodidades y contratiempos, tuvieron fríos de entusiasmo para describir las costumbres y las bellezas de San Antonio de los Baños, nuestra patria chica, y hacerla conocer en otras partes del mundo, sirvan por ello estas páginas de testimonio de gratitud a su memoria.

Rosario de Gárdenas de Pérez de la Riva.

CAMINOS ANTIGUOS DE SAN ANTONIO

Para situar al lector en la época en que vivieron los viajeros que antaño visitaban San Antonio, extraemos los nombres de lugares de la obra de D. Esteban Pichardo "Itinerarios y Caminos de la Isla de Cuba", publicada en La Habana en 1865, aquellos que conducían o partían de la Villa.

Viejos Caminos, Reales o Carreteros, que serpenteaban entre Ingenios y Cafetales, entre árboles y flores. Incómodos y largos Caminos por los que entre nubes de polvo rojo viajaban las románticas volantas con caleseros y bellezas de erinolina cubiertas con tupidos velos. Ocasional cruzar de arrias cargadas de café, carretas con cañas y Mayorales, y Monteros con espuelas y machetes con puño de plata. Tabernas de las Enecrucijadas, para cambiar caballos, tratar sobre precios, o refrescar la reseca garganta. Caminos sobre algunos de los cuales, hoy cubiertos de asfalto, ruedan rápidos los autos y los ómnibus, mientras otros olvidados se pierden como trillos entre los potreros.

521.—*Camino del Guajay a la Güira*.—De la Enecrucijada de S. Antonio en el camino que baja de Santiago, Guajay y Asiento Viejo, sigue a Chávez, López, cruza el F. C. de La Habana, Taberna del Valle, ene-crucijada del camino de la Salud y de la Paleta, Taberna Serrano, Ingenio El Recuerdo, Ingenio Ganges, Disdier, cafetal (después Ingenio) Nueva Empresa, Peñaranda, Larrinaga y entronque, cafetal de Alvarez, y Fénix, Taberna de la loma de Alvarez, hasta la Güira.—522.—*Camino de S. Antonio a la Güira y Sibanaacán, por Melena*.—Del Sur de S. Antonio, corta el F. C., ingenio demolido de Quintana, cafetal González, Taberna de Quintana, sitio de Fuentes, Cordovés, Loma de Alvarez, horqueta, Corral de Melena, Pineda, cafetales de Hevia y Lima, ene-crucijada de García, Taberna de García Barrios, Taberna de la Gallina, ene-crucijada, cruza el F. C. del Oeste, hasta la Taberna de la Vigía, pueblo de Güira de Melena, ene-crucijada de García, camino de Cajío, Tamaulipas, Turibacoa, cafetal de García, Sánchez, Farías, Taberna del Guayabo, ene-crucijada del camino que por Turibacoa y La Cachimba va al Palenque, cafetal de Contreras, camino de Ramírez, Sitio de Pérez, frente al ingenio nuevo de Sibanaacán, en el camino real costanero.—523.—*Camino de S. Antonio a Alquízar y al Palenque por el Tumbadero*.—De S. Antonio por el camino precedente al ingenio demolido Quintana, cafetal González, Taberna de Quintana, Taberna de Gandarilla, cafetal de Abreu, cafetales Avelina, de la Torre y Bravo, Taberna de León, Taberna de Cano o del Aguacate, Taberna del Tumbadero, cafetal San Narciso, Taberna del Tomeguín, Taberna de García, ene-crucijada de García, F. C. del Oeste, cafetal de Calderón, Taberna de Luis, y el Palenque.—524.—*Camino de S. Antonio o sea de la Güira a Cajío*.—De Güira de Melena, Taberna de la Vigía, Sibanaacán o ene-crucijada de García, Elizalde, Toledo y Enecrucijada de Toyo, Taberna Las Yaguas, Santísima Trinidad, Cajío, Taberna La Ca-

chimba, cafetales la Nuez, Sierra, Aranjuez, cafetal de Ramírez, Cueva del Agua, Taberna Tamaulipas, cafetales Altagracia, Galainena, ingenio Morenita y Cajío.—525.—*Camino de la Cueva del Agua*.—De la Güira la ene-crucijada de Toyo, Díaz, camino del círculo de Turibacoa, Pueblo del Gabriel, ingenio Elozegui, cafetal de Castillo, Bufón, Taberna de Isleño, Elozegui, camino de Turibacoa y la Cachimba, Taberna de Le o Artigas, cafetal Penélope, Taberna Tamaulipas, la Cueva del Agua, baños con algunas casas.—526.—*Camino de la Güira a Alquízar*.—Del Sur del pueblo de Güira, ene-crucijada de García, Taberna del Gusto, camino del Palenque, cafetal de Duarte, ingenio de Porras-Pita, Taberna de La Paz, camino al Palenque, corta el F. C. del Oeste, Taberna de García, repasa la línea del F. C. por el cafetal de Prieto, camino del Tumbadero hasta pueblo de Alquízar. También se puede ir de Güira a Alquízar, rumbo al N. por la Taberna de la Gallina, ene-crucijada del camino de S. Antonio hasta Taberna de García. Otro, por el cafetal Gran Batalla a la esquina de Recairedo, camino de las Yaguas, &c.—527.—*Camino de la Güira al Palenque*.—De la Taberna del Gusto, Fajardo, ene-crucijada del Guayabo, hasta Palenque. También por cafetal de Martínez, Taberna de Pestana, ingenios del Ojo de Agua y San Rafael hasta Palenque.—528.—*Camino de Alquízar al Palenque*.—Camino a Pendergast, Calderón, Taberna de Luis, cafetal de Acevedo, ingenio La Reunión, caserío Palenque. Del Palenque viniendo de la Güira puede irse al ene-crucijado de Guanamar, cafetal del Conde Loretó, camino del ingenio Ojo de Agua, Abreu, Moreno, Taberna de los Catalanes, cafetal Abreu, Taberna del Punto de Guaibacoa.—529.—*Camino de Alquízar al Surgidero de Guanamar*.—De Alquízar, al Sur, cafetales Villar y Suárez, cafetal de Ilincheta, ingenio Arrondo, Taberna de la Osa o Quiñones, Loma de Guamarajay, cafetal de Chaumoca, cafetal Economía, Taberna del Punto de Guaibacoa, Taberna de los Catalanes, cafetal del Conde de la Reunión, cafetal de Wolf, idem de Hernández, Breto, Taberna del Punto de Guanamar o San Martín, entrada del Manglar, Surgidero de Guanamar.—530.—*Camino de la Ceiba a Guanamar por San Andrés*.—Del pueblo de Ceiba del Agua, cafetal S. Pedro, cafetal Raveiro, ingenios Concepción y Sta. Teresa, Taberna La Paz, camino a Pta. de la Güira, cafetal La Trinidad, ingenio de Herrera, cafetal Recurso de D. Juan Sánchez Toledo, ene-crucijada del camino real para Artemisa, corral de San Andrés, corta el F. C. por los cafetales de Entralgo y González, ingenio Villena, Taberna del Chumbo, cafetal de Jayme, cafetales Brand y León, Guanamar, Majana, Taberna del Punto de Guanamar y Surgidero.—531.—*Camino costanero del Sur de Guanamar a Majana*.—Del centro del corral de Guanamar, Taberna del Punto de Guanamar o S. Martín, serventía de Socorro, Taberna Tumbacuatro, serventía de Buen Retiro, camino de Ceiba del Agua, cafetal demolido Fraternidad, Taberna de Frías, potrero Olimpo, ingenio Desengaño, cafetal Helena de Pluma, Quintero, Menéndez, corral Majana, cafetal "Según el tiempo", ingenio Maravilla antiguo, cafetal Bertemati, camino de las Cañas, cafetal Neptuno, camino de las Mangas.—532.—*Camino de Alquízar a Artemisa por las Cañas*.—Del pueblo a ene-crucijada del círculo de S. Andrés, Taberna de Frías, Guanamar

Sigler, ingenio Villena, cafetal de Entralgo, cafetales Escorial, Desengano, Santa Ana, Recurso, ingenio de Herrera, S. Andres, Sumidero y río Capellánias, ingenio de Estrada, Sta. Teresa, ingenio Herrera, las Cañas, cafetal de Escobar, ingenio La Gabriela, cafetal Martínez, corral de San Marcos.—533.—*Camino de Alquizar a Ceiba*.—Cafetal de Meléndez, cafetal de González, Taberna de La Paz, encrucijada del círculo de S. Andres, cafetales Raveiro y S. Pedro, hasta Ceiba del Agua.—534.—*Camino de S. Antonio a Puerta de la Güira, a Cañas, & por Vargas y La Paz*.—Villa de S. Antonio, encrucijada de Alquizar, entronque del camino de la Laguna de Ariguanabo al Seborucal, Taberna de Vargas, cafetales de Acosta y Pérez, Realengo Sandoval, Tumbacuatio, Taberna de la Paz, encrucijada del círculo de S. Andrés, ingenio Sta. Teresa, cafetal Recurso, ingenio Concepción, cafetal La Trinidad, serventía y río de las Capellánias, Puerta de la Güira, ingenio San Juan Bautista (propiedad que fué del Marqués de Monte-Hermoso), ingenio de Herrera y Cañas.—535.—*Camino de S. Antonio a Vereda Nueva por las Tabernas Quemadas*.—Cementerio antiguo o católico de S. Antonio, cafetal de Machado, camino que viene de Cayo La Rosa y Laguna de Ariguanabo, Gómez, Machado, camino para Las Monjas y La Armonía, Tiendas o Tabernas Quemadas, camino de la Laguna de Ariguanabo a la encrucijada de Alquizar, Godoya, Vereda Nueva, cafetal de Capote, cafetal de Alvarez, ingenio Quiñones, Taberna de Quiñones o Guachinango, camino de Guayabal, sitio de Abreu, Caimito, Alvarez, Vereda Nueva.—537.—*Camino del Corralillo a Alquizar*.—Del Corralillo por Cayo La Rosa en la Laguna de Ariguanabo, camino a Vereda Nueva, Taberna de Alejandro, encrucijada, Taberna del Guachinango yendo de S. Antonio al Caimito o al Guayabal, Tiendas Quemadas, Taberna del Seborucal, Paradero del Seborucal, F. C. ramal de S. Antonio, Taberna y camino de La Armonía, Taberna de Vargas, idem de La Paz, encrucijada de Alquizar.—538.—*Camino de Ceiba a Guanajay*.—De Ceiba, camino de las Virtudes, sitio de Cuesta, ingenio de Córdova, cafetales Ferrer y Acosta, horqueta del Chicharrón, Taberna del Chicharrón, Taberna de Villalobos, cafetales Acosta y Villa-Hermosa, ingenio Filomena, cafetal de Rodríguez, sitio de Dueñas, Villalta, arroyo Jíbaro, Guanajay.—539.—*Camino del Caimito a Seyba por el Guayabal*.—De Caimito, Taberna del Guayabasal (hoy Cayaguasal), cafetales, hacienda El Guayabal, Pueblo, curato de S. Francisco de Asís del Guayabal, cafetal Bacchioni, cafetal de Pascual, Cuesta.—540.—*Camino de S. Antonio a Guanajay por el Guayabal*.—De S. Antonio se va a Guanajay por Ceiba del Agua, es decir, de S. Antonio por el Seborucal a Vereda Nueva y Ceiba. De Vereda se puede ir por el camino que baja del Caimito, cafetal de Blake, donde hace la horqueta. Aquí se toma el camino de la izquierda por Calzado se va a Guanajay por el Cementerio a Guayabal, cafetales de Hernández, camino que viene de la Taberna del Blanquizar en la carretera del Oeste, ingenio S. Roberto, loma de Mesa, carretera del Oeste y Guanajay.—508.—*Camino de San Pedro*.—De Rancho Boyeros, Taberna de La Mosca, callejón de las Cañas Bravas, F. C. del Oeste, Aguada del Cura, Taberna y Paradero, F. C. de La Habana, encrucijada del Guajay, Placeres de

Robredo, Larrinaga, camino de S. Antonio por Asiento Viejo, camino del Guatao, cafetal de García, Laguna de Montiel, camino del Caim arroyo de la Jía, encrucijada de S. Pedro. Por la izquierda va a S. Antonio. Por la derecha serventía para el puente de Jicoteas, loma Rosario, cafetales de Alfaro y Alfonso, canteras y colmenar del Rosario, orilla Norte de la gran Laguna de Ariguanabo, por la orilla N. de Laguna corta el arroyo del Quibú hasta Corralillo y de aquí puede seguirse hasta Vereda Nueva.—509.—*Camino del Guajay a S. Antonio*.—De Guajay por el camino de S. Pedro al cafetal Robredo, lagunas de Zaldívar, Soriel (debe ser Seydel), sobre el río Govea (puente término de Santiago, por territorio de S. Antonio va a los Migueles y ll a García hasta S. Antonio.

I

REV. ABIEL ABBOT (1770-1828)

El Reverendo Abiel Abbot, nació en Andover, (Massachusetts), el 17 de Agosto de 1770, hijo del Copitán John Abbot y de Abigail, mujer piadosa, de quien recibió su formación religiosa. Hizo sus estudios preparatorios en la Academia Phillips, entrando en la Universidad de Harvard en 1788, donde se graduó con distinción y honores. Al terminar sus estudios se le empleó como Asistente en la Academia Phillips, de Exeter, N. H., pasando más tarde como principal de dicha Academia en su pueblo natal. Después de cursar estudios teológicos comenzó a predicar en Haverhill en 1794, ordenándose sacerdote en 1795, ocupando la plaza de Pastor de la primera Iglesia Congregacional de Haverhill. En 1796 casó con Eunice Warren. En 1818, afectada su salud buscó por prescripción médica, un clima más suave para pasar el invierno, residiendo en Charleston, pero en 1827, buscando clima aún más cálido, embarcó para la Isla de Cuba, desembarcando por Matanzas, dirigiéndose a La Habana y Pinar del Río, donde pasó varios meses. Creyéndose curado regresó a Charleston, continuando el viaje a New York, pero enfermó nuevo y falleció a bordo, el día 7 de Junio de 1828, de fiebre amarilla, publicándose después de su muerte, sus cartas, en forma de libro: "Letters written in the interior of Cuba", between the mountains of Arcana, to the East and of Cuba to the West, in the months of February, March, April and May 1828. Boston: Bowles & Dearborn, 1829. ("Cartas escritas desde el interior de Cuba", de las Montañas de Arcana al Este y desde el Cuzco al Oeste, en los meses de Febrero, Marzo, Abril y Mayo de 1828).

Carta LVIII.—Pág. 226-229.—A Mrs. E. A. (1).—Marzo 1828.—Cabalgamos desde "La Reserva" al pueblo de San Antonio para examinar en él cuanto fuese notable. Fuí atendido por un moreno muy respetable, el "mayoral" de la finca. Es un moreno libre, con bienes considerables, y un sueldo de \$1,000 anuales, mientras otro francés respetable, administrador de dos fincas en la vecindad, sólo recibe \$800. Tiene varias hijas, educándose en La Habana. Vestía, montaba, calzaba y usaba espuelas con tanta distinción como cualquier caballero, y mientras pasábamos por el pueblo y cruzábamos las calles, recibía los saludos de muchas personas blancas al igual que de morenos libres, y otorgaba bendición a los esclavos de buenos modales, cuando los cruzaba, y quería a su vez la recibían con una sonrisa en prenda de gratitud. Tiene probablemente 40 años de edad, y es un extraordinario ejemplo del respeto

y la prosperidad que puede lograr un esclavo con buena conducta en este país. Fué libertado por su amo, y entró al servicio personal del propietario de esta finca, quien descubriendo en él talento y fidelidad, le dió educación y lo hizo su Administrador.

El pueblo de San Antonio posee una Iglesia de buen tamaño, una Plaza de Mercado, donde se venden considerable variedad de carnes y vegetales, muchas casas elegantes, y muchas de apariencia pobre, nuevas y bellas Barracas (2) con unos 300 soldados, y un Río muy notable. Examinamos el río en una extensión de media milla. Contiene mucho caudal de agua, antes de cruzar el grueso de las casas. En la parte descubierta del río, nadaban morenos en ambas direcciones, y cuando se ponían de pié, no en la parte más honda, el agua les llegaba a los hombros. Me contaron que había un Molino, pero no logré ver la rueda ni la represa. Un gran número de Ranchos o techos de hojas de palma cubren parte del río, en varios lugares, formando reservados para las personas que se bañan. Algunos de estos Baños parecen haber sido construídos con mayor costo y esmero, habiéndose excavado la tierra de la orilla para que penetrara la corriente del río, estando comunicados los ranchos con las casas. En este lugar del río no se encuentran caballos, mozos de cuadra, ni soldados lavando sus ropas. El agua es fresca y clara y aún cuando no he podido saber que contenga propiedades minerales, es un sitio muy apreciado para temporadas de baño. Las casas son alquiladas por familias que pasan semanas, tomando los baños y gozando de los pasatiempos comunes en la Isla, así como participando de los juegos que en todas partes se mezclan a la vida ociosa y alegre. Lo más notable del río es su caudal de agua, que se ve, corriendo, a través del pueblo, y su total desaparición, a unas 30 varas de un puente grande y a unas 5 varas de un sitio donde el agua corre alegremente y con suficiente profundidad para que los soldados, de pie en la orilla, puedan lavar sus ropas. La tierra por la que corre es pedregosa, y a través de hoyos y grietas, comunes en la Isla, el agua se sumerge en esta época en silencio. Cuando vienen las lluvias y el río crece, tomando mayor caudal, detiene su curso a unas leguas para precipitarse en un sumidero. Examinamos atentamente este sitio. Inmediatamente, sobre el soñoliento remanso y en una cornisa de roca, se levanta una coposa ceiba. Debajo de sus raíces, en un ángulo inferior, la caverna abre su boca, de unos pocos pies de alto y de 30 a 40 de punta a punta, precipitándose por esta inmensa garganta el río cuando se encuentra crecido, con un estruendo que ha llegado a oírse a unas 3 millas. Un "Montero" que se encontraba en este sitio observó que esta caverna ha sido explorada en unas 40 varas bajo tierra, abriéndose entonces sobre otro sumidero que también se convierte en una caverna. La dirección de las aguas, donde se sumerge, es la de Guanima (3) y el mar Caribe. Cabalgamos por las principales calles del pueblo y visitamos su Iglesia. Es una iglesia de buen tamaño para un pueblo, con torre en la que repican las campanas. Una pequeña capilla, adjunta a la iglesia, se utiliza para los servicios de enterramiento. La iglesia se encontraba abierta, y entramos. Un cirio ardía delante de un altar y dos mujeres arrodilladas reza-

ban, una de las cuales, con un rosario entre las manos, pasaba sus cuentas. Los muebles del altar observé que son considerablemente variados, forma, material y aspecto general en las distintas iglesias, no siendo de ésta altamente ornamentales. Había un damasco rojo o algún otro material semejante, extendido sobre gran parte del muro, detrás del altar. En distintos lugares de la iglesia, había 4 ó 5 imágenes en cera de Virgen María, con el niño en los brazos, casi de tamaño natural, y cubiertas con cristales. Su cabeza está adornada con una corona, y su cuello con brillantes, cuyo valor no pude determinar. En la esquina Sudeste de la Iglesia, hay un pequeño cuarto, preparado para celebrar el rito del bautismo. En su centro se levanta una fuente de mármol, de capacidad considerable, cubierta con una tapa cúbica de plomo, sobre la que se levanta un crucifijo.

En ninguna de las fincas que he visitado son las "guadarias" (guadarrayas), del ancho, sombrío y belleza, como lo son en las de las fincas asociadas "La Reserva", "El Fundador" y "Pequeña Cabaña". La volanta puede andar por 25 millas, bajo magnífico sombrío, sin pausas dos veces por la misma avenida. Las "guadarias" (4) que conducen a bateyes, son algunas veces más ornamentales. Cuatro y a veces hasta seis hileras de palmas, mangos y otros árboles, alternan con igual número de arbustos de fragantes flores, setos de rosales o canteros con alegres flores de estación. Pero estas bellezas son en pequeña medida. Acá veinte "ballerías" de tierra están adornadas con fructífero cafeto, graciosas palmas y mangos, tan abundantes en ramas y follaje, que convierten la penumbra en una luz de luna tropical.

II

•ANTONIO FERRER DEL RIO

Nos relata su viaje, realizado en los últimos días de 1838 y primeros de 1839, en "Recuerdos de un Viaje a la Isla de Cuba". Una semana en el campo. Revisión "América". Año VIII. Núm. 20. Pág. 12. Madrid. 27 de Octubre de 1854.

Tocaba la isla de Cuba en el cenit de su gloria, en el apogeo de su grandeza, en el pináculo de su fortuna, cuando pisé sus risueñas playas por la vez primera. Pocos meses antes había concluído el mando del general digno de sus capitanes generales, y aún brotaba en ópimo fruto la sombra de su sabio gobierno. Pocos meses después adquiría extraordinaria boga un adagio por el que se decía: "Tacón vale un millón"; añadiéndose, exageradamente sin duda, que su sucesor no valía lo que una moneca española, consonante de su apellido. De todos modos, la bahía de Habana, poblada a la sazón de buques, parecía un bosque de mástil con banderas de todas las naciones: no se perpetuaban las mercancías en los almacenes, todo era animación y vida mercantil en las ciudades, tranquilidad y movimiento agrícola en los campos. Acercábase Nochebuena y a la noble hospitalidad de una familia respetable debí uno de los más deliciosos recreos que han halagado el curso de mi vida. Es costumbre de los hacendados de la Isla de Cuba visitar sus posesiones todas las Pa-

guas del año, y especialmente en las de Navidad, por ser la época en que se "rompe la zafra", o empieza la elaboración del azúcar en los ingenios.

Invitado a una expedición tan adecuada a mi gusto, salí de La Habana el 21 de Diciembre (1838), y anduve seis leguas en poco más de cincuenta minutos, pues la colonia, más avanzada en esto que la Metrópoli, tenía ya en 1838 un excelente camino de hierro. Lisonjeábame la idea de que pronto empezaría a gozar España de este inapreciable beneficio de la industria, porque durante mi residencia en Cádiz supe que se trataba de acortar con tan prodigioso recurso la distancia que separa a Jerez de la Frontera del Puerto de Santa María; por desgracia, esta empresa ha quedado en proyecto, como todas nuestras cosas. Me es imposible referir la impresión que hizo en mi mente tan rápido viaje: la extrañeza del ruido, la novedad del movimiento, habían embargado mis sentidos, y al apearme en el Bejucal, me pareció como si despertase de un fantástico sueño. Sólo hago memoria de que a mitad de camino distinguí una excelsa roca coronada de frondosos árboles mecidos por la brisa sobre una alfombra de verdura; alzabase enfrente de nosotros cual macizo muro que iba a atajar nuestro paso: pocos instantes después perdí la luz, respiré con trabajo, y era que el poderoso vapor hendía la cavidad del monte que horadado en forma de arco de triunfo daba testimonio de los veloces progresos de la industria. Cuando me repuse enteramente de mi sorpresa, apenas descubrí la extremidad de la bóveda o subterráneo que dejábamos a la espalda.

Ví partir desde el Bejucal el tren de carruajes con dirección a Güines, 7 leguas más lejos; y aún no lo había perdido de vista, cuando se me acercó un robusto hijo de Africa teniendo de la brida un caballo de fabulosa talla, metido en hueso y calificado con el nombre de "traga-leguas". Y lo merecía sin disputa, porque no había sino meterle el acicate, soltarle rienda y dejarse llevar a un medio galope suave y nunca interrumpido por colinas y veredas, llamadas "caminos".

A la hora y media me hallaba en la calle principal de San Antonio de los Baños, que aún me parece la más linda de todas las poblaciones campestres. A la salida de un delicioso bosque de gigantes palmas se descubre su blanco y regular caserío; retrátalo en sus cristalinas ondas el Ariguanabo, río que nace de una ancha laguna dos leguas más arriba, para sepultarse, no bien fertiliza con su benéfico jugo al último jardín del pueblo, en la "cueva de los murciélagos" (5), a que sirvan de bóveda las enormes raíces de una ceiba, de espeso ramaje, cuya sombra apenas se dibuja sobre las variadas flores, que brotan en rededor de su tronco. Allí se concibe la amenidad de la vida de los campos tal como se describe en las églogas de los poetas: resbalan tranquilas las horas al dulce compás de inocentes goces y de patriarcales costumbres; y hay instantes en que elevándose el pensamiento sobre el valle de lágrimas, de que somos tristes peregrinos, se remonta a las regiones de la fantasía y cree haber conquistado el paraíso terrenal de nuestros primeros padres. Apenas colora la luz del alba las hojas del pino real, que se alza al frente de su graciosa Iglesia (6), convoca a los fieles al templo el alegre tañido de una campana,

y acude fervoroso el infeliz siervo a borrar en aquel santo recinto la memoria de sus infortunios, "porque allí, y sólo allí, puede llamar a los Césares hermanos".

Triste condición la de la isla de Cuba: opulenta de vegetación, abundante en productos, henchida de riquezas, es base de su prosperidad la servidumbre y el ambiente de la ilustración horada de día en día tan deletznable cimiento; reina de todas las Antillas, precioso florón de la corona de España, llave del golfo mexicano, lleva el síntoma infalible de su muerte en el único elemento de su poderío: virgen, a quien adorna con sus más ricas galas todos los países del mundo, esconde bajo su manto de seda y oro el cáncer que sin tregua devora sus entrañas. Abierto a la ruín codicia el ignominioso tráfico de morenos, pobló de esclavos aquél feraz territorio, para que lo regaran con el sudor de su frente, la sangre de sus cuerpos, y las lágrimas de sus ojos, y labrasen la fortuna de sus despiadados señores: quizá en día no lejano vaguen por la haz de la tierra sin suelo ni hogar fijos, purgando así la tenacidad conque siempre se ha opuesto a todo ensayo de colonización blanca. No ha faltado ingenio que encomie la trata como beneficiosa a los hijos de Africa, quienes empeñados en su país en continuas disenciones, se libran de una muerte segura si son vencidos, pasando del campo del vencedor a la factoría del traficante de sangre humana. Cítanse, entre otros ejemplos, la espantosa matanza de 500 prisioneros del rey "Radama", ocurrida al prohibirse ese inícuo comercio, en la playa de "Tamatava", donde los triunfantes "Betaximeños" hallaron un buque inglés, y no pudieron deshacerse de sus cautivos ni a módico precio de 20 reales por cabeza. Hoy ofrece la carrera de Africa enormes riesgos a los que a ella se lanzan, pues tienen que habérselas con seguro con los súbditos de la señora de los mares que cruzan incesantemente aquellas aguas: este es un incentivo más para los espíritus aventureros, excitándoles no solamente el cebo de la ganancia, sino el azar del peligro. Mas si es repugnante la trata, no lo es menos el hipócrita afán de los que por su abolición abogan ahora, que no lo necesitan, disfrazando con la máscara de la filantropía su egoísmo sin límites, su avaricia devoradora: "la filantropía es la moneda falsa de la caridad", como dice un célebre escritor contemporáneo. Examinada esta cuestión sobre el terreno conduce a resultados tristes, y sin poderlo evitar escribe uno el nombre de la Isla de Cuba al lado de Haití y de Jamaica, por mucho que se nutre de ilusiones y por espacioso que sea el campo de sus esperanzas.

Desde San Antonio de los Baños al cafetal "Santísima Trinidad" (52), hay un corto y delicioso paseo; forman su principal calle o "guadarraya" dos hileras de airoas palmas, y de floridos rosales. Un cafetal es un jardín ameno; sobre una alfombra de alelíes y diamelas brotan con profusión el refrigerante coco, el nutritivo plátano, la suave naranja, la jugosa piña, el anón que sabe a flores; al lado de fúnebre ciprés crece el majestuoso cedro; junto al magnífico caobo el precioso tamarindo de dulce sombra, y por todas partes se alzan numerosos cuadros de café de blanca flor y aromático fruto; y la perpetua verdura de los árboles y el variado matiz de las flores; y la imponderable variedad de las plantas

contrastan caprichosamente con el terso azul del cielo que las cobija, y el encendido color de la tierra que las produce.

Nunca se borrarán de mi mente las gratas horas que pasé en el cafetal citado. En posesiones de esa clase nada echa de menos el más refinado gusto; se hallan en sus casas-viviendas cuantas comodidades pueden amenizar la vida, desde la opípara mesa hasta la muelle hamaca, desde el gabinete de estudio hasta la pieza de baño. Os convidan a visitar una finca, próxima o lejana, podéis disponer de caballo o carruaje con pareja o trío; de vuestra elección pende: os obsequiarán con extremo, sirviendoos exquisitos manjares y deliciosos vinos, y hasta en el almuerzo brindaréis con Champaña: vereis toda la profusión del lujo, toda la esplendidez de la riqueza. Y estos festines son frecuentes, casi diarios: ayer fuisteis al Partido de Guanajay, hoy váis al de Güira de Melena, mañana iréis al de Artemisa, y no os darán tregua ni descanso. Caminaréis desde San Antonio a Alquizar por asistir a un baile; recorreréis las 2 leguas que separan estas 2 poblaciones mientras dora el sol con sus postreros rayos el ramaje de una secular palmera y se pierde entre el llano y la colina la última tinta del crepúsculo de la tarde. Después de recrearos en los pintorescos grupos de la voluptuosa danza y de adivinar todos los encantos de la vida en la melancólica dulzura y suave languidez de las hijas de América, os retiraréis a vuestra morada en las altas horas de la noche bañada en rocío, serena como los sueños de la niñez, y solemne como el silencio de las tumbas. Aquella majestad imponente, aquel espectáculo sublime no os habrán consentido pensar en la distancia del camino, y cuando más absorto estéis en vuestras meditaciones oiréis el ladrido de los mastines que despiertan al ruido del galope del caballo, y la voz de los "guardieros" (7) que rondan la finca, donde os aguarda blando lecho.

Varía de todo punto la escena en las posesiones donde crecen con abundancia las cañas de azúcar, que por lo subido de su precio pudieran llamarse cañas de oro. Hundíase en el abismo de lo pasado el año de 1838, y asomaba el de 1839 para eslabonar el curso de los tiempos, cuando salí del cafetal "Santísima Trinidad" con dirección al "ingenio de Jobo" (53), distante 6 leguas; era obscura la noche, surcaba la atmósfera el cárdeno fulgor del relámpago y rugía la tempestad lejana; zumbaba el viento en la espesa enramada y despertaban sus ecos imitando el bramido de las olas. Antes de llegar a la "vereda nueva" (8) habían caído sobre mí torrentes de agua; a los que conozcan las lluvias de los trópicos no ha de parecerles exagerada la frase. Hube de refugiarme en un "bohío", lóbrega mansión de una familia de morenos, donde permanecí hasta que la nacarada luz de la aurora comenzó a abrirse paso a través de las apiñadas nubes que fueron perdiéndose poco a poco en el confín del opuesto horizonte. Vuelto otra vez al camino, cruce la población de la "Ceiba" (9), pasé a nado el río de las "Capellanías" (10) sobre el valiente "traga-leguas" y a las 8 de la mañana había llegado ya al término de mi viaje. Lúgubre, por demás, es la perspectiva del ingenio del "Jobo": ceñido de ásperas lomas y sobre un terreno desigual, parece teatro de las fechorías de una banda de calabreses: se ven en lontananza las cumbres del "Cuz-

co", donde se albergan los morenos que se evaden de las fincas y se llaman "cimarrones". Su situación es ventajosísima, feraz su terreno y de gran precio sus productos, facilitando su exportación la proximidad del embarcadero del Mariel, desde donde son conducidos a La Habana en pocas horas.

Hemos citados los "cimarrones" a propósito de las lomas del Cuzco y vamos a dar sobre esto algunos curiosos pormenores. Cuando se fué un moreno de una finca, se dice hoy "se agachó" fulano, expresión propia y significativa. El "mayoral", único blanco que dirige a su aldrío 80 ó más morenos, parece no fijarse en aquella ocurrencia; pasa 2 ó 3 días, y si el "cimarrón" no ha caído en manos de algún "guajiro" quien lo presenta a su dueño reclamando la gratificación designada por efecto, análoga a la que perciben nuestros campesinos cuando matan una oveja de rapiña; o si la oveja descarriada no ha vuelto a su redil con las lágrimas del arrepentimiento, monta con donaire a caballo y precedido de uno o dos canes de buenas leyes engolfa por la espesura del monte. Sus fieles perros le sirven de guía, olfateando maravillosamente la huella del cimarrón, y no dudéis que al fin darán con la gruta donde se alberga o con el árbol entre cuyas ramas se oculte, ya compungido y lloroso, con la lengua de fuera y el lazo a la garganta, pues cierta raza de morenos vive en la creencia de que ahorcándose resucitan en el país que le dió cuna.

No es posible que un "mayoral" vigile por sí sólo a la "negrada" esparcida en diversos puntos de la finca, y ocupada en diferentes trabajos; súplele un "contra-mayoral", moreno de su confianza, y como no hay peor cuña que la de la misma madera, fácil es de presumir que sus compatriotas no tendrán motivos para estar contentos de su amabilidad y blandura; con ínfulas de amo, huelga, mientras los demás trabajan y si alguno se dobla a la fatiga, le anuncia un latigazo de amigo que aún no ha llegado la hora de reposo. Nunca le veréis en la humilde abyección del esclavo: si viviera en La Habana, sería "curo del manglá" o "de Gonsarate", y se las "tiraría cuaita a cuaita con cualquiera; si alguno se le para delante lágale macanazo que no dise ni tío. Suele cobrar tantos humos, que al fin vuelve a su condición primitiva, merced a alguna travesura, no sin que antes le "corten los moños", o pelo y patillas, si por casualidad las tiene, le den un "boca-abajo", y calce grillos por 2 ó 3 meses.

Sólo brinda diversión un ingenio el día que se "rompe la zafra". A las 9 poco más o menos, suena la campana de la finca, deja la "negrada" su trabajo, y corre a los "barracones", a vestirse de fiesta. No tarda en oírse el compasado són de los tambores y los "güiros", mezclados con los aullidos de un canto tan monótono como salvaje. Cada vez se percibe más de cerca la algazara, y es que los morenos avanzan formados en extraños grupos, y con banderas desplegadas, hacia la casa vivienda, donde están sus amos. Allí, el moreno de más prestigio va acercándose, rociando en tierra, al compás de la música, para pedir su aguinaldo: se reparte

entre todos algunas monedas, y locos de júbilo empiezan a bailar un "tango". Si a la "polka" la despojáis de su elegante artificio, de su graciosa coquetería, la veréis transformada en el "Can-Can", que forma las delicias de los habitantes del Barrio Latino; y si concebís las figuras poco decorosas del "Can-Can" ejecutadas con toda sencillez y cordialidad, habréis formado una idea exacta del baile en que se solazan los hijos de Africa, por parejas, en el centro de una ancha rueda, formada por sus salvajes músicos y sus destemplados cantantes. Se prolonga aquella diversión, que no ha de repetirse todo el año, hasta la caída de la tarde; suena de nuevo la campana de la finca: ha llegado el momento de "romper la zafra" o "romper la molienda", y cada moreno ocupa su puesto en torno del trapiche y en los demás puntos de la "casa caldera". Entre los convidados que se hallan presentes, elige el dueño de la finca dos padrinos, hombre y mujer, quienes sujetan las dos primeras cañas a la terrible presión de los cilindros de la máquina, y mientras estas cañas exprimen su dulce jugo, todos los convidados, hombres y mujeres, arrean las yuntas de bueyes uncidas como las mulas de las norias. Enseguida les suceden en esta operación los morenos, dando principio a una penosa faena, que no ha de interrumpirse en cuatro meses, durante los cuales cada moreno dormirá cuatro horas al día, y no cesará de perderse en los aires el encendido humo de las chimeneas, ni de hervir en las anchas calderas el "Guarapo" y el "Melado", ni de oírse el lúgubre canto de los morenos, cuyos lentos compases marca a veces el chasquido del látigo, que agita el "mayoral" con robusta mano.

Terminada esta fiesta, nada existe en un ingenio que halague los sentidos, ni esparza el ánimo; así es que al siguiente día tomé la vuelta del cafetal "Santísima Trinidad", por el Mariel y la costa de Banes. Guarnece todo el camino productivas posesiones. En la extraña fruta que ofrecía a los ojos la ceiba de un ingenio advertí señales de una sublevación sofocada: jaulas semejantes a la de un loro contenían las cabezas de los morenos que la habían promovido. Excitó mi curiosidad un moreno cuyas sienes de azabache se mostraban ceñidas de ásperas canas, circunstancia que arguye en ellos una edad por lo menos octogenaria: no me supo decir cual era la suya, aunque me indicó que cuando le trajeron de Africa evacuaban los ingleses la isla de Cuba, y ya tenía entonces hijos mancebos, de suerte que pasaba de 100 años, y aún manejaba con soltura el azadón y era notable la agilidad de sus movimientos. Es frecuente ver a las morenas trabajar en el campo, llevando a la espalda a sus hijos, en improvisados cuévanos, que no son sino un pedazo de toseco lienzo, acaso para iniciarlos desde niños en las miserias de la servidumbre que los aguarda, o tal vez para que la inocencia sirva a sus cuerpos de escudo contra la implacable cólera de un amo malvado. Si la ignominia de la esclavitud no se os mostrara en toda su fealdad, a cada paso que dáis, en la isla de Cuba, fuera sin duda un país donde el eco de los pesares no turbaría el alborozo de los placeres, donde no amargaría las horas el veneno del infortunio.

En Guanajay asistí a un baile de "guajiros", u hombres de campo. Éstos no salen de su "Zapateo", baile originalísimo, y que si con algo tiene alguna remota semejanza es con el "adelante dos" de los rigodón en sus figuras y con el "zapateado" en sus pasos. Al compás de música con que bailan, entonces entonan extrañas décimas a las reinas de sus corazones. Toda la felicidad de un "guajiro" consiste en tener un caballo veloz en la carrera, espuela de plata, y machete con puño de lo mismo; unido a esto pantalón y camisas de listas, faja blanca, sombrero de paja de ala ancha y zapatos de becerro blanco con cintas de colores, y habréis formado cabal idea de su traje. Muchos son procedentes de Canarias, y los naturales de Cuba les llaman "isleños", como si ellos hubieran nacido en algún continente.

Después de permanecer en San Antonio de los Baños hasta el Día de Reyes, regresé a La Habana, no sin pesadumbre, porque en el campo tiene el clima más de suave que de riguroso, mientras que en la ciudad parece que el rocío de la mañana cae en gotas de plomo derretido, y que la brisa de la tarde sopla como la rojiza llamarada de un incendio. Por fortuna, luego que asomé Junio, renové mi permanencia en el campo por espacio de 4 deliciosos meses, y las dulces memorias que de allí conservo me hacen sentir doblemente el aciago porvenir a que se ve abocada la isla de Cuba, porque es muy honda la llaga que roe su virginal seno, y si eficacísimos remedios consiguen prolongar la dolencia, es cuanto puede exigirse de la justicia de poder humano.

1844

III

CIRILO VILLAVERDE (1812-1894)

Nació en San Diego de Núñez, (P. del Río), el 28 de Octubre de 1812; falleció en New York, el 14 de Octubre de 1894. Escritor, novelista, que consagró toda su vida a la libertad de Cuba. Desde 1840 toma parte en todas las conspiraciones y movimientos separatistas, actuando como Secretario de Narciso López. Detenido en 1848, por orden del Cap. Gral. Roncali, logró escapar a E.U. Allí publicó "Independiente", "La América", "El Espejo" y otros periódicos. Entre sus obras: "El Penitente", "La Joven de la Flecha de Oro", "El Guajiro", "Cecilia Valdés", novela de costumbres cubanas que fué la que le dió mayor fama. Su "Excursión a Vuelta Abajo", en que narra su viaje a S. Antonio en 1839, es formada por una serie de artículos que después fueron reunidos en un libro. "Excursión a Vuelta Abajo", por Cirilo Villaverde. Habana. Imprenta El Pilar, 1894.

Capítulo II.—Pág. 125-154.—En fin, tornando a montar, al cabo de media hora, que sería el tiempo que empleamos en almorzar y examinar la casa, bajo un sol algo fuerte, muy alegres y ufanos, a buen paso, tomamos el camino de San Antonio, guiados por un joven negro, que fué el que apartó mi caballo. Del Rincón a esta villa, tres leguas distante del Sudoeste, no nos sucedió cosa digna de contarse. Notamos sí, alguna esterilidad en el terreno, con pocos plantíos, originada más bien por falta de abono, y por el largo tiempo que hace se cultiva, que de otra cosa; tan bien advertimos que las ventas que hay en las encrucijadas de los caminos

y las otras casas de labradores, presentaban un aspecto de pobreza tal, que nos afligió, y decía mal por cierto con la animación del tráfico y la fama que corre por la isla de la prosperidad de esas comarcas. A la mano derecha, por largo trecho, se distinguía una continuación de rocas, que parecen desprendidas de la loma de Bejucal, corriendo de N. a S.; las cuales, si bien de poca altura, se hacían notables por el color amarillento de los raquíuticos árboles que las cubren. Dentro de ellos conjeturamos que rodaba silencioso el río de S. Antonio, después de su salida de la laguna de Ariguanabo, hasta entrar en la villa. Cuando avistamos ésta serían las once o más de la mañana. Los rayos de un sol de Primavera caían a plomo sobre nuestras cabezas, ya fatigadas del calor y el polvo sutil de la tierra llana. Al revolver del camino ancho que traíamos, desde una pendiente suave, se nos presentó de improviso el pueblo en toda su extensión a la falda de una chata y prolongada colina rocosa, que en dos partes dividía el río. Mas, apesar de eso, sin interés para el artista, porque desparramadas sus casas, y ofuscadas en muchos puntos por las frondosas arboledas, (pues cada patio tiene la suya), no ofrece una sola vista sino varias y diversas, difíciles de comprender en un solo país. Por este motivo el Sr. Moreau creyó deber dejar su "Album" para mejor ocasión, la cual conforme veremos adelante, no dejó de presentársele bien pronto, y a pedir de boca. Sin embargo, no puede negarse que San Antonio es uno de los pueblos más considerables y bellos de nuestras poblaciones interiores del departamento occidental de la isla. Aunque por las desigualdades del terreno en que está asentada, y por otras causas que son peculiares a todas nuestras poblaciones, su planta no sea de la mayor regularidad, especialmente en la calle ancha que llaman "Real", se ven sólidos y espaciosos edificios de construcción moderna, posee muchas y surtidas tiendas de lencería, de comestibles, de ferretería y artefactos, ya de fuera, ya del país; cuenta varias fondas, posadas, boticas, hospital, administración de rentas, escribanía, cuartel, iglesia que si bien de pobre aspecto, tiene capacidad, escuela de primera letras de ambos sexos, y se le calculan 3,000 vecinos, sin la tropa que la guarnece.

Su fundación data del año de 1784, aunque no recibió título de villa hasta 10 años después, a solicitud del Sr. D. Gabriel María de Cárdenas, Marqués de Monte-Hermoso, quien obtuvo de la munificencia real el nombramiento de justicia mayor con jurisdicción civil y criminal en primera instancia. Al principio su Cabildo se compuso de 4 Regidores, 1 Alcalde ordinario, 1 Escribano, 1 Mayordomo; más adelante, esto es, en 1832, a petición del segundo Sr. Marqués de aquel título, se le agregaron 1 Regidor alférez mayor, 1 Alcalde provincial y 2 sencillos. Y a nuestro paso por allí, es decir, en 1839, contaba además la villa con una diputación patriótica, un colegio de niños bajo la advocación de Santa Isabel, y entendíase con calor el establecimiento de una casa de maternidad subalterna de La Habana.

Es notorio que dicha villa debe su celebridad y aumento en primer lugar a su ilustre fundador, incansable en promoverle toda suerte de mejoras; en segundo lugar a la prodigiosa fertilidad de la mayor parte

de los terrenos de su jurisdicción, poblados de lindísimos cafetales; en tercero a su situación topográfica, sobre una pequeña colina, cuyo núcleo es de piedra calcárea, que exponiéndola a las refrigerantes brisas de los trópicos, la libertan de la humedad y el calor bochornoso que generalmente se experimenta en los pueblos de la tierra llana; y en cuarto y último lugar, al río, que corre limpio y puro por medio de ella, con bastante caudal de agua en cauce profundo y pedregoso. A mano derecha del camino, como a un tiro de fusil, apartada de la población, reparamos en una casa de madera con techo de paja, rodeada de una cerca de palos redondos, que sobre la puerta y en letras negras y gordas tenía este letrero: "Corral de Concejo"; lo cual, a nuestro amigo Moreau, a fuer de extranjero y poco ladino en el idioma castellano, no pudo menos de chocarle, y preguntarnos el sentido de las palabras. Tuvimos que explicarle que aquella casa o corral pertenecía al concejo o ayuntamiento de la villa, donde encerraba los animales que cogía sueltos en el poblado y haciendo daño al vecino; explicación que acaso nos hubiera ahorrado el pintor del letrero con poner una "l" a la preposición que rige el caso genitivo, porque si bien se examina, el corral no es "de" concejo sino "del" Concejo de la villa.

III.—Todavía la villa de San Antonio. Suceso en uno de los puentes del río.—Pero lo que más nos llamó la atención a todos los tres viajeros entrando en la villa fué una porción de graciosas casitas, poco más o menos del aspecto de la anterior, que no obstante guardasen la línea de la calle que va derecho al puente norte del río, estaban como segregadas de la población principal, y divididas entre sí por cercas u hormas de piedra dentro, de las que vimos muchas aves, flores y árboles frutales. Y aún había otras muchas casas, que no contentas de separarse de la villa y entre sí, se habían como refugiado en el centro de sus pequeños cercados al parecer huyendo de la calle y de las gentes. ¿Quién no conocerá en esta sola muestra el carácter de nuestra gente campesina, que si consiente en acercarse a poblado, por algunas materiales conveniencias, es conservando sus costumbres, nada propensas al trato y civilidad? Nosotros al menos, así lo fallamos, puesto que celebrásemos como se merecían, la limpieza y donosura de algunas casas, que no por acercarse a la civilización, habían perdido su aire campestre y más que todo sus sencillos adornos de las vicarias, las albahacas, las moyas, las madamas, flores de muerto, y los chamicos por jardín; las ciruelas, las naranjas, mamones, mango y cocos de la huerta.

Quando pasamos el puente detuvimos las riendas a los caballos, para contemplar por breve rato las mansas corrientes del río y sus márgenes cubiertas de ranchos o baños, de madera y paja, que en las temporadas de verano son tan concurridos, y han dado tanta celebridad a la villa. Luego entramos en lo principal de ella, notando de paso bastante movimiento comercial e industrial para una población interior como lo es San Antonio, y fuimos a apearnos en una gran posada, en que yo recordaba haber estado otra ocasión, hacia la parte del Sur, calle que sale al camino de San Andrés. Allí entonces se me vino a la memoria un hecho

horroroso sucedido en aquel puente por los años de 1827 a 28, el cual referí a mis compañeros de viaje, y no creo fuera de propósito repetir aquí.

En una tarde nebulosa y fría del mes de Febrero entre las tapias de una casa, que se había quemado, contigua al puente dicho, se hallaba un negro de mal traje y peor catadura, sentado sobre una piedra, vuelto de espaldas a la calle y al parecer durmiendo. Así que obscureció, por el interior del edificio, llegóse a él con mucho sigilo, un hombre blanco vestido de "flux" (11) al uso villano, tocóle en el hombro, y salió sin decirle palabra. El negro se puso en pie, dejando entonces ver, a la luz de la luna, que comenzaba a clarear los horizontes, sus formas atléticas; y a tardo paso siguió al hombre blanco, el cual, a poca distancia, entró en una casa iluminada donde había muchos hombres, jugando unos y mirando otros el juego, que era el del billar. Entre todos había un joven trigueño, de ojos negros vivísimos, el cabello crespo, y baja estatura, a quien solían decir los demás "el Licenciado", y se distinguía por lo certero del taco, y más aún por la locuacidad y el chiste a veces de su conversación. A este tal se acercó el hombre del "flux", echó los brazos al cuello con particular expresión de cariño y después se apartó a un lado para dejarle hacer una jugada, que era lo que en la actualidad le embargaba la atención, y no le permitió corresponder a su agasajador sino con una sonrisa y un "ya bien, compadre". Continuóse el juego, adelantaba la noche, y los ociosos comenzaron a retirarse a sus casas, pasadas las 10. El joven Licenciado fué uno de los primeros, pero no sólo, sino en compañía de dos amigos que por respeto, por casualidad, o por cortesía le colocaron en medio, y enlazados de los brazos, tomaron la vuelta del río. La luna en aquella sazón, casi a la mitad de su carrera, había disipado los negros nubarrones que empañaban la transparencia purísima del cielo, y sus rayos se quebraban sobre las lustrosas hojas de los árboles y las mansas aguas; con cuyo motivo nuestros tres paseantes se detuvieron en el puente, apoyados en los guardafangos o guardalagos, viendo aquellas correr. Es de advertirse, que al pasar por la casa quemada, uno de los amigos del Licenciado notó moverse rápidamente una sombra entre las tapias, y aunque lo comunicó a sus compañeros, ninguno le hizo caso, y continuaron su paso riendo y cantando. Ya se separaban del puente, cuando el Licenciado, viendo la sombra de un hombre, que la luna proyectaba gigantesca sobre ellos, volvió la cara receloso, y al mismo tiempo recibió un golpe a manteniente en la parte superior del pecho. Con el estremecimiento que sufrió todo su cuerpo, giró en torno de sí, y sus amigos habían desaparecido justamente con la sombra: acudió a la parte adolorida, y tropezó con el mango de un puñal, que partiéndole el esternón, le penetraba en toda la cavidad torácica, entonces se le escapó un quejido sordo y trabajoso, y por una especie de instinto, a media carrera, tomó la dirección de su casa, que distaba unos 500 pasos del puente. Al entrar por las puertas, cayó a los pies de su madre y hermanos, que se habían sentado en los portales a tomar aire, ya sin el arma matadora, pues a impulsos de la sangre que salía de su herida a borbotones, parece que la había arrojado por el camino. Todo esto fué instantáneo. Dejo a la consideración ajena la sorpresa y el dolor de unas hermanas y de una madre amorosa,

en cuyos senos salpicados de sangre viene a morir el hijo de sus entrañas herido por mano traidora y desconocida. El padre consumió la hacienda y la salud en averiguar los autores de su muerte, durante 6 años de largas y trabajosas pesquisas. Súpose que el brazo matador había sido comprado en una suma corta de dinero y un gallo inglés, o "fino", como dicen por acá, y que el comprador fué un compadre de la víctima, el mismo que echó los brazos al cuello, aquella noche, en la casa de billar, para indicárselo al asesino, que desde la puerta observaba. ¡Imitación infame del bandido que Judas dió a Jesús, para que lo reconociesen los soldados del César le prendieran!

En fin, en esta villa despachamos a la Ceiba del Agua al mozo negro que nos había guiado desde el Rincón, para prevenir nuestra llegada a la familia, en cuyo cafetal debíamos hospedarnos aquella noche; y nosotros solos seguimos una hora después, habiendo refrescado algo de fatiga los caballos y declinado el sol. Nuestra salida fué por la calle "Real", a la plaza del mercado, en dirección del Noroeste, donde se hallan la iglesia y el cuartel, y más al oeste la calle anchísima titulada el Paseo. En este tránsito notamos los números de las casas, escritos sobre tablas negras, cuadradas, de madera; y según avanzábamos, las mismas peculiaridades que al entrar habían llamado tanto nuestra atención; es decir, las cercas divisorias, los patios con árboles y flores, y el aislamiento campestre. Ya fuera de la población de San Antonio, volvimos a entrar en las hormas o cercas de piedras de las dehesas, cafetales y otros cultivos, que sirviendo de división a las propiedades, componen parte del adorno, y dan al país aire peculiar; junto con las palmas de lisos troncos y frondosos penachos, que en líneas paralelas, señaladamente en las plantaciones de café, hacen vistosísimas guarda-rayas, cual columnas de ruidos templos.

IV

JOHN GEORGE F. WURDEMAN (1810-1849)

Nos describe sus viajes a Cuba, realizados en los inviernos de 1841 y 1842 en su libro: "Notes on Cuba", containing an account of its discovery and early history; a description of the face of the country, its population, resources, wealth, its institutions and the manners and customs of its inhabitants. With directions to travellers visiting the island. By a physician. Boston. James Monroe and Co. 1844". ("Notas sobre Cuba" conteniendo noticias sobre su descubrimiento e historia primitiva; una descripción del aspecto del país, su población, sus recursos, riquezas, sus instituciones y el carácter y costumbres de sus habitantes. Con recomendaciones a los viajeros que visitan la isla. Por un Médico). Este viajero nació en Charleston, el 12 de Marzo de 1810. Hijo de John George Wurdenmann, de Charleston y de Christina Dorothy Stroecker, hiladora del mismo lugar. Se graduó Doctor en Medicina en el "Colegio Médico" del Estado de South Carolina, 1831. Nombrado Miembro de la "Medical Society of South Carolina" en 1832. Demostrador de Anatomía del "Colegio Médico" de South Carolina, en 1836, cuyo cargo estuvo hasta 1841. En 1832 viajó por Francia. Falleció el 4 de Mayo de 1849, a bordo del barco que lo llevaba de Jacksonville a Savannah, mientras dirigía a Charleston. Una parte del libro que trata sobre Cuba, fué publicado en Marzo, Abril, Mayo y Junio de 1843, en el periódico "The Magnolia", de South

Carolina, en artículos que después se editaron en forma de libro, en 1844. En 1845 publicó un trabajo en el "American Journal of Medical Sciences", sobre tratamiento de la fiebre amarilla.

Cap. VII. Pág. 185.—...Sobre las dos de la tarde llegamos a San Antonio, un hermoso pueblo con 4,757 habitantes, distante unas 8 leguas SSE de La Habana y 3 de Bejucal. Cruzando el puente sobre el pequeño río que atraviesa la población, cabalgamos por largas y limpias calles y al llegar al otro extremo de la misma nos detuvimos en una posada grande llamada "La Punta". En ella desmontamos para descansar el resto de la tarde, siendo conducidos a una amplia habitación que tenía el doble propósito de sala y dormitorio, en la que colocaron rápidamente una mesa con limpio mantel para nuestro almuerzo.

Mientras se llevaban a cabo estos preparativos, visité la "Valla de Gallos", situada en el traspatio adjunto, para observar durante un rato su abigarrada muchedumbre y refrescar mi garganta reseca con las buenas naranjas que un asistente pelaba bajo el anfiteatro. Había más de cien personas ocupadas en apostar a las peleas, ya que el Lunes lo hacen también festivo muchos monteros. El Sábado anterior habían asistido cuatrocientos a este deporte. Me senté en uno de los bancos y fui testigo de las mismas escenas que había presenciado en Güines. De nuevo los blancos y negros se mezclaban sin distinción, reducidos a un nivel común por la misma pasión baja. La niñez, con su mirada inocente, también estaba presente, mezclando su risa argentina con los gritos y los juramentos de los jugadores. Tan fuerte es la pasión por este cruel deporte en algunos, que he tenido noticias de un Marqués que jugaba un peso a un gallo con el calesero que lo condujo en su volanta, guardándose el dinero que había ganado a su propio esclavo.

Después de una cena bien servida, continuamos nuestro viaje por un buen camino, cruzando un llano y rico suelo, cubierto de cafetales, unos a continuación de otros, rodeados de cercas de piedra o de muros encajados. A unas 10 millas llegamos a Alquizar, un pueblo de unos 800 habitantes; por cuyas calles nuestro grupo pasó al galope, atrayendo a mucho curioso para contemplarnos. El "Buena Esperanza", el cafetal del Dr. Finlay (12), se encontraba a unas 5 millas después de la población, atravesando el camino entre bellísimas fincas de este tipo y avenidas de elevadas palmas. Llegamos a las 5, sin que los que fueron en volanta hubiesen experimentado la más ligera fatiga, a tal punto eran buenos los caminos, y los que fuimos a caballo, olvidamos pronto nuestros padecimientos ante el cordial recibimiento de la familia del propietario. La finca, aunque antigua, todavía conserva magníficas avenidas de mangos y de palmas, estando tan avanzada la estación en esta parte en comparación con el Norte de la isla, que la tierra debajo de los mangos, estaba cubierta con frutos maduros. No había otras frutas en el lugar, pero los visitantes tenían acceso libre a una finca vecina, donde existía abundancia de naranjas, zapotes, caimitos, etc.

La temporada casi había terminado, y no esperándose más visitantes, no había preparativos para ellos, especialmente caballos. Algunos días

pasamos antes de poder alquilar uno, de alguno de los mayores vecinos. El Montero es por temperamento un tratante de caballos y no he escuchado mayores elogios sobre sus bestias ni en Kentucky. Se me ofreció una yegua cuyo dueño pretendía, que no tenía igual en Cuba, ni desde que se creó el mundo (según sus propias palabras) existió animal semejante. Desgraciadamente se la había alquilado a un amigo, pero la tendría en puerta a la mañana siguiente temprano. La trajo, y lo miré cara a cara para descubrir si se burlaba de mí, pues la bestia era un perfecto retrato de Rocinante, con una enorme matadura en el lomo, cubierta maliciosamente con pedazo de papel carmelita humedecido. El dueño permaneció a su lado, mirando alternativamente al animal y a mí; pero yo, que estaba a prueba contra su superchería, rehusé incluso probar el animal. Posteriormente se me ofreció un cómodo caminador que alquilé por dos pesos al día, el doble de la cantidad generalmente cobrada. El dueño, apesadumado de ello, no se decidió a separarse de su bestia favorita sin una recomendación "tiene tal condición", me dijo, "que andará hasta caer muerto si le deja suelto el bocado, señor". Pasé por su casa esa tarde y el pobre hombre al ver su yegua corrió a la puerta con sus muchachos para mostrarla, hasta que desapareció en un recodo del camino.

El caballo cubano bien merece el cariño de su amo. Aunque pequeña su capacidad para resistir al cansancio es grande, y su marcha, una especie de paso combinado con rapidez, es el más cómodo que pueda poseer cualquier raza. Los más estimados se supone descienden de los corredores andaluces y se llaman "hannovegas" (51). Estos se adquieren al precio de 8 doblones cuando aún son potricos de doma y resultan excelentes para la marcha, siendo éste su paso natural. Tuve uno que me regaló una señora que con la rienda suelta hacía 6 leguas en 2 horas con la mayor facilidad, y supe de una joven que anduvo 60 millas en un día para asistir a esa misma noche a un baile en el que esperaba bailar hasta el amanecer. Los caballos se dejan enteros, a lo que deben su condición, sus anchos cuellos y sus largas colas, pero se dominan perfectamente con los fuertes bocados que se usan, y las pesadas espuelas del jinete. Las yeguas raramente se usan para la monta o la volanta sino que son destinadas principalmente a las labores del campo, pudiendo adquirirse por veinte o cincuenta pesos, una tercera parte del valor de un caballo.

El "montero" ha heredado toda la devoción de su antepasado montero por el caballo, lo que con frecuencia lo lleva a olvidar los derechos de los otros al querer demostrar su preferencia. En resumen, es un experto ladrón de caballos y si no fuera por los perros que abundan en las grandes fincas, existiría un constante y general intercambio de caballos en toda la isla. De rareza se le vé sin su caballo, un peatón es un espectáculo raro. He visto dos mendigos en un mismo caballo desmintiendo con ello el refrán ya que se dirigían a la hospitalaria mansión en que yo vivía, y en la que fueron atendidos en todas sus necesidades. El "montero" se considera establecido en la vida cuando es dueño de un buen caballo, un par de espuelas de plata, una hoja toledana con empuñadura del mismo metal, una camisa de batista y un par de zapatos de baqueta. Si logra una mu-

jer, ésta es meramente un apéndice que nunca reemplaza en su afecto a su caballo.

El campo, en torno al "Buena Esperanza", lo forma una llanura extendida por una parte hasta la costa sur, distante unas 6 millas, y por otra hacia la costa norte, mientras que por el oeste está limitada por las montañas del Cuzco, formando ésta la parte más estrecha de la Isla, que no tiene más de 50 millas de costa a costa. Fué fomentada en los días del auge del café y las fincas dedicadas a este cultivo están bellamente sembradas, la una tan próxima a la otra, que bien merece el nombre del "Jardín de Cuba". El vecindario ha sido poco frecuentado por extranjeros; sus habitantes son muy hospitalarios y sus caminos generalmente muy seguros; habiéndome ya referido a su clima y sus ventajas para la convalecencia de los inválidos.

Vista a la luz de la luna del Sumidero de San Antonio.—Almuerzo en una tienda.—Fabricación de cigarros.—El mejor tabaco.—Seguridades de las posadas del campo.—Cap. VIII. Pág. 202-217.—Llevando conmigo los buenos deseos de los amables amigos que había ganado en el "Buena Esperanza", partí en mi volanta, después de cenar, con la intención de pasar la noche en San Antonio. Llegamos cuando apenas las sombras de la noche se extendían por la tierra y la luna brillante se levantaba en el cielo. Dejando la volanta y los caballos en "La Punta", caminé para visitar la gran abertura en el suelo rocoso, por la que se sumerge el río que atraviesa el pueblo, principalmente cuando crece con las lluvias del verano. Se encuentra como a un cuarto de milla de la posada, pero el sitio es fácil de distinguir por una gran ceiba que crece sobre la boca de la caverna y que me fué indicada como punto de referencia. Al llegar al sitio encontré seca la profunda presa que conduce a la cueva; pero el río, que en la temporada de invierno desaparece cerca del pueblo, podía escucharse corriendo por su cauce subterráneo cerca de la abertura. La ceiba, de casi 100 pies de alto, descansaba la base de su enorme tronco en el mismo borde de la roca, sobre la entrada de la caverna. Las enormes ramas, comunes en este árbol, se proyectaban a varios pies de él, sobre la tierra, y la caverna bajo la misma, que bien representaba ser la fabulosa residencia del terrible "Cemí", adorado por los indios cubanos. Los rayos de la luna iluminaban todos los objetos sin dejar de hacer aparecer la oscura cueva aún más sombría, numerosos sapos dejaban escuchar sus notas en los arbustos que cubrían las orillas de la presa, y los murciélagos volaban a ella, mientras acá y allá, una gran lechuza blanca cruzaba el precipicio emitiendo sus agudos gritos.

El sitio era extremadamente pintoresco, pero uno no podía menos de imaginarse el arroyo crecido por las lluvias, corriendo atronadoramente hacia la ancha boca de esta caverna, arrastrando con él todo lo que llevaba durante su curso subterráneo, depositando huesos de animales, tal vez de hombres, reptiles y caracoles, y a su salida submarina arrojando algunos de ellos entre las pequeñas tribus del océano y sus conchas en el fondo del lecho del mar, para que cuando ésta se levante por algún cata-

clismo, los geólogos del futuro se vean intrigados por su presencia y incongruente significado. El río se vuelve a ver en las profundidades y las aberturas de la roca, a una milla y media de la caverna, y trozos de madera arrojados en su corriente han aparecido en la costa, a varias millas de distancia.

Estos "sumideros", como se les llama, son muy corrientes en la Isla, como todas las rocas calizas, se encuentran llenas de numerosas cavernas formando a menudo canales para ríos subterráneos. En el patio de nuestra posada "La Punta" se ha abierto un pozo en la bóveda de uno de éstos, la cual, una vez rota, da paso al río, que llena el pozo, no rebasando nunca cierta altura.

La luna brillaba tanto que no pude resistir la tentación de continuar mi paseo por el pueblo. Las calles ofrecían un alegre aspecto, las tiendas estaban bien iluminadas y las señoras hacían sus compras en ellas o paseaban por las aceras. Desde uno de los puentes se obtiene una bella vista del río, mientras corre por su lecho de rocas, limitado en cada orilla por líneas compactas de casas. Luego de pasar bajo este puente, se ha hecho entrar el río en un gran cuadrado, especie de piscina, rodeada por muros de piedra, que forman un pequeño lago en el propio pueblo. Hace algunos años se celebró en él un torneo acuático que atrajo a miles de espectadores de las comarcas vecinas. No trataré de describirlo, según me fué narrado por un entusiasta espectador, pero mientras, observaba las diligencias hechas canoas labradas de un solo tronco de la ceiba que se podría ver en el patio adyacente, no pude menos de imaginar aquel combate, terminando con todos los beligerantes lanzados al agua. Al regresar a la posada, encontré que el baúl de mi "compagnon de voyage" (13) se encontraba aún atado a la parte posterior de mi volanta, que había sido arrastrada al patio abierto, y que era intención del postillón dejarla permanecer allí toda la noche. El dueño del baúl, un bostoniano, expresó sus temores de que le fuera robado, pero nuestro mesonero rió, afirmando que la puerta estaba cerrada y que no llovería en toda la noche, por lo que lo dejaron donde se encontraba. Mi propio saco de tela había sido tirado sobre una mesa del pasillo, en la que permaneció desde nuestra llegada y donde lo dejé toda la noche.

La "tienda", estaba llena de comensales, por lo que tomando asiento cerca de su mostrador me uní a la conversación general. La mayor parte de los presentes vestían pantalones y camisa, esta última por fuera, manifiestamente fresca de llevar esta prenda de vestir, que no encontraría partidarios en la compañía del Caballero Gordo (14). Algunos se daban bromas, siendo todos tomadas en el mejor humor y coreadas por las carcajadas de los observadores. No pude menos de preguntar sobre el "padre" del pueblo, informándome que era hombre muy estimado, con una familia que a pesar de no aprendía a respetarlo de igual modo. Mi curiosidad no era vana, ya que deseaba informarme sobre el sentimiento religioso del pueblo, ya que su temperamento natural es de gran serenidad y bondad. Existía un tácito aceptamiento hacia sus maestros espirituales y los curas s

de otra parte inatacables. Este trato en su vida doméstica pone de lado uno de los dardos más fatales dirigidos a la Orden por las personas irreligiosas en las comunidades católicas.

Uno de los empleados se encontraba ocupado, cortando la envoltura de los cigarros, en el mostrador, cerca de mí pasándolos a tres hombres que en un sitio próximo los enrollaban en forma de cigarros, mientras un muchacho industriosamente reunía los tallos, que me informan son usados como tabaco de mascar por las muchachas. El "cigarrillo", con su envoltura de papel, es aún generalmente fumado por las mujeres de la clase media, ya que las de la mejor sociedad hace tiempo han abandonado esta costumbre. Es sólo entre las clases bajas que se permite fumar a los niños tabaco en cualquier forma, pero los hombres de sociedad lo fuman aún encontrándose en compañía de señoras, impidiendo las abiertas y ventiladas habitaciones parte de su desagradable efecto. La mayor parte de los tabacos para el consumo del país se hacen en "tiendas", de esta manera, e incluso en La Habana, gran número de ellos se elaboran en pequeños establecimientos repartidos por toda la ciudad. La mejor calidad de tabaco viene de la Vuelta-Abajo, la parte sudoeste de la isla, y la semilla de esta región es enviada al norte y este para su cultivo. Estos célebres tabacos se llaman "vegüeros" o tabacos de vega y están hechos en esa sección de Pinar del Río por los campesinos, quienes al recoger las hojas preparadas, seleccionan las mejores y las enrollan toscamente, formando estos groseros artículos tan altamente valorados. Se empaquetan en cajas de palma y se envían a La Habana donde quedan listos para su venta. Muchos, sin embargo, se fabrican en esa ciudad, de tabaco inferior, para la exportación, por lo que es probable que muy pocos de los genuínos lleguen a los países extranjeros.

Mi cuarto se encontraba en la planta baja, ya que la casa sólo tenía un piso, y sus grandes ventanas, protegidas por barras de hierro, miraban sobre el patio, en el que los caballos, encadenados al aire libre, se alimentaban de forraje verde. No había cristales en ellas, pero cada pesada hoja tenía un pequeño postigo cerrado por otro más pequeño que dejaba pasar la luz cuando los ocupantes del cuarto deseaban aislarse. El catre estaba cubierto con una limpia sábana de hilo, las camas se usan poco en Cuba. Cerrando las puertas me acosté para descansar, sintiéndome tan seguro como podía estarlo en el mejor hotel de La Habana. En efecto, las posadas en todos los grandes pueblos y ciudades son tan seguros, que me refiero a ello solamente por la opinión errónea que mantienen algunos extranjeros sobre el viajar a través de la Isla, opiniones en ocasiones robustecidas por los asombrosos cuentos que se escuchan en los hoteles de las ciudades.

San Antonio de los Baños, con sus cuatro "cuartones", contiene 8,631 habitantes, 18 cafetales, y 280 "sitios" de labor. De sus habitantes: 4,383 son blancos, 1,288 morenos libres y 2,960 esclavos. Se encuentra situada al pie de una suave colina y toma su nombre "de los baños" del número de cobertizos levantados sobre el río para proteger a los bañistas que ve-

ranean procedentes de las comarcas vecinas y que vienen para gozar de sus límpidas aguas y jugar en sus mesas de "monte". Tiene una Iglesia barracas (15), y varias pequeñas escuelas a más de una Sociedad de Economía Política (16), fundada en 1811, que actualmente está compuesta por 23 socios y cuyas Memorias se publican en las de la Sociedad matriz de La Habana. Un ramal del ferrocarril de La Habana pronto llegará a este pueblo y facilitará grandemente su comunicación con Penderías. En un año cayeron 94 pulgadas de lluvia en este lugar, siendo 8 meses del año generalmente secos, casi la totalidad de la lluvia debe haber caído en los 4 meses de verano. El pueblo no presenta ninguno de esos tipos escuálidos y miserables que se ven en otras poblaciones de Cuba. El gran número de fincas y de blancos, comparados con el número de haciendas y esclavos de la vecindad, prueban una más equitativa división de la propiedad y un mayor bienestar para las masas.

Antes de que hubiera roto el día, a la mañana siguiente, nuestros caballos estaban ensillados a la volanta, y diciendo adiós a nuestro mesonero de "La Punta", partimos, acompañados por toda suerte de buenos deseos de su parte. En dos horas llegamos a Bejucal, donde esperamos la llegada de los carros de Güines para La Habana.

V

JOSE VICTORIANO BETANCOURT (1813-1875)

Nació en Guanajay, el 9 de Febrero de 1813. falleció en Odróva (México), el 16 de Marzo de 1875. Desde muy niño vivió en La Habana, donde desde la primera enseñanza llegó hasta graduarse de Abogado (1840), siendo el primero que se recibió en la Audiencia Pretorial de La Habana. Discípulo de José Agustín Govantes en Derecho Patrio y Romano. Pasante en el bufete de Bermúdez Pérez. En 1841 pasó a Matanzas, donde vivió 20 años. En 1847 redactaba con Miguel Teurbe Tolón "El Aguinaldo Matancero". En 1862 describió las bellezas de las Cuevas de Bellamar. Sus ideas separatistas lo obligaron a emigrar a México en 1869 y allí fué Juez y Catedrático de Instituto. En México escribió su famosa leyenda "La Luz de Yara", que se publicó en 1875. Fué uno de los más notables costumbristas y poetas cubanos. Muchas de sus obras fueron traducidas al inglés. Colaboró en muchas revistas y periódicos de la Isla. Un notable trabajo biográfico sobre su personalidad fué escrito por el ilustre escritor cubano Dr. Emterio Santovenia. El trabajo en que habla de San Antonio, apareció publicado en "Diario de La Habana", de Febrero 8 de 1843.

Sin embargo de que brillantes plumas, no sólo sobre la fiesta que se hace al Santo titular, sino también acerca de su hermosa villa, me parece muy apropiado que la mía, aunque no tiene nada de brillante, diga alguna cosa de la víspera y día de la procesión del Santo; ya porque nunca viene mal de que entre col y col pongamos una lechuga o ya porque como concurrente que fuí me es casi necesario el tirar un rasgo.

Lo cierto es que sin saber como ni por donde, me hallé el 21 y 22 del presente en la muy bonita Villa de San Antonio Abad, o sease La Habana en miniatura, llámola así porque en poco se diferencian sus bien construídas casas, mejor delineadas calles, y puras costumbres de las de la Capital de Cuba; y si fijamos únicamente nuestra atención en el poético

y caudaloso Ariguanabo, que con sus aguas de azul y plata riega aquella población; hallaremos en él una verdadera delicia, una rica dote de la Naturaleza, un objeto por fin incomparable y de que tantas contemplaciones ha sido móvil, sólo mirando como se desenvuelve su azulada corriente entre el torbellino de la espuma para tornarse en límpido cristal y oyendo patético sonido que produce allá en la Ceiba en que desaparece, puede encontrarse su hermosura y grandeza. Por un impulso violento, que no sé a qué causa atribuir, me detuve en el puente del encantado Ariguanabo, para meditar un rato, que aunque no soy poeta me son sumamente agradables la belleza y sublimidad. Allí, sin sentirlo, me fui transportando poco a poco a regiones que en mi vida he disfrutado, y a goces de que nunca había sido partícipe mi alma. Me interné en el pueblo para que en algún modo se fuese aminorando el adormecimiento, que me causó cosa tan extraordinaria, que no veía por primera vez; mas parece que en ésta, tuvo una influencia magnética en mi espíritu.

No obstante el grande estropeo que me ocasionó el viajecito de Bejucal a dicha población, el que achaco a la pesada galucha conque me llevaba el lánguido rucio en que cabalgué, tuve ánimo para ir tanto a la Salve como al Baile, baile, sí, pero no como aquellos que se anuncian con tiros según costumbre de otros pueblos. Era pues, éste, uno a manera de los que se verifican en nuestras sociedades, suntuosa la casa, armoniosa la orquesta, y elegantes las divinas poblanas, ya se vé, bañadas con la purísima agua del asombroso Ariguanabo. Lacónicamente hablando, en el baile se respiraba contento y amistad, por doquiera, un traje de blanquísima tarlatana, otros de rico organdí, todos a la última, adornados sus petos con un ramito de flores naturales, las lindas jóvenes llevaban en sus manos una puchita de flores como las primeras, a que llamaban bouquet. Yo por mí digo, que las señoritas de San Antonio son muy amables, ellas demuestran haber tenido una buena educación, por su comportamiento, tan lejos de orgullo, como lleno de modestia y candor. Por esto puede juzgarse el progreso que hay en la civilización de aquella villa. Siempre tranquila y honestamente divertida.

La procesión del Santo estuvo completamente buena, muy concurrida, ya del Ayuntamiento, particulares y tropas, ya también de numerosos colegiales de San Isidro (55). Tomó por la calle Real y fué hasta el puente del río, atravesando una calle que ignoro su nombre por no haber parado mi atención en ella con motivo del mucho embullo que tenía. Todas las casas estaban adornadas con cortinas de Damasco, en las ventanas numerosas jóvenes hermo세aban las calles, dándole la perspectiva de un jardín, ya que no se acostumbra allí enramadas como en otros tiempos, nada de cargazón, así todo marcha progresivamente. El baile, esa noche, fué bastante concurrido. Sentí en el alma retirarme de un lugar tan digno de ser visitado y que francamente se puede decir que es la mejor población de nuestros campos; pero mis ocupaciones en la ciudad me impedía hacer mi estancia más duradera.

D. ANTONIO BACHILLER Y MORALES (1812-1899)

Conocidísimo escritor y polígrafo cubano, de extensísima bibliografía; usó ferentes pseudónimos. Con el de "Ornofui de Masatí", escribió en "El F. Industrial" de La Habana. Año III. Núm. 185. Pág. 2. Habana. Miércoles 3 Julio de 1843, la descripción del viaje que hizo en 1843 a San Antonio de los Baños bajo el título:

San Antonio de los Baños.—I.—La Villa.—La Represa.—El Teatro.—La Villa de San Antonio Abad es uno de los mejores pueblos del interior de la isla de Cuba. Sus anchas y hermosas calles, su claro y fresco cielo, su pintoresco río, le constituyen un lugar delicioso para el viajero. El alumbrado público que lo adorna, semejante al que tenemos hoy en La Habana, pues lo forman grandes farolas, los serenos que cantan las horas y avisan las variaciones del tiempo y otros rasgos de policía, que aún carecen muchos puntos de la isla, le colocan en el lugar que ocupan aquellos que llegan a cierta altura social. No es mi ánimo hacer de San Antonio Abad una descripción que puede leerse en el "Paseo Pintoresco de la Isla de Cuba", sólo pretendo escribir algunas impresiones del viaje que últimamente he hecho a dicho punto.

A la entrada del pueblo y a su izquierda, en el segundo puente, al vi el castillo formado a extremos de la gran represa que allí se ha hecho para las diversiones, en que atacan por el agua a los soldados que guardan el castillo. Los contrarios, en sus falúas, (hay tres), acometen fusilazos y escopetazos mientras en el fuerte se defienden. Es bien sencilla la distracción, pero "embulla" a la gente; es causa de reuniones, por lo tanto se verifica a menudo. El 24 de Junio hubo combate y acudieron muchos espectadores del campo inmediato. El domingo siguiente mientras algunos pescaban alrededor del tanque, las falúas recorrían, cargadas de gentes, en todas direcciones, y varios niños nadaban como tritones alrededor de aquellas, por la superficie, y aún por debajo de las aguas. Me pareció que los muchachos viven la mitad del tiempo dentro del agua. Los dejamos, ya obscuro, para ir al teatro, y al día siguiente, al amanecer ya estaban los muchachos y los morenos corréteando por el río, y a poco salieron muchas señoritas envueltas en sus "mantas" con dirección a las casillas o ranchos a bañarse.

Hablaremos hoy del teatro. El Sábado se representó "El Pastor de Florencia" y por remate de función "El Hombre de la Culebra"; no dijeron que hubo mucha concurrencia. El Domingo, asistimos al "Macías" que terminó con "El Payo de Centinela". El teatro es de un regular escenario, si bien todo provisional. El telón de boca tiene pintada una Aurora tirada por dos caballos, el uno blanco y negro el otro; item más un "alacrán o escorpio", a lo que supongo como signo de un zodiaco al invisible; item más, un grupo de nubes que sostiene el conjunto. Parece que todo es obra de aficionados, y así es disculpable la caricatura que resulta principalmente de la pobre Aurora, de puntillas sobre una concha y cuyas sombras son tinieblas.

Las lunetas son nuevas y espaciosas, la compañía no mala. Si el que representó a "Macías" tuviese más cuidado en la pronunciación, sería un actor sobresaliente. Tiene arrogante presencia en las tablas y finura en las maneras. Representa al valiente, sin parodiar a un matón: no mira de reojo, ni sobre el hombro, ni se abre de piernas en forma de coloso, cosas tan comunes en nuestros teatros. El vestido de guerrero conque se presentó en la escena es brillante, y su marcial y noble continente prepararon a su favor los ánimos. El rival del doncel es una joven de talle delgado y fino, pronuncia bien y claramente. "Elvira" nos pareció de algunos años para desempeñar con propiedad su parte: será una buena actriz para otra clase de papeles. Sin embargo, es preciso confesar que se esfuerza en obsequio de la verosimilitud. "Beatriz" estuvo así, así. Los pajes gozaron en la noche de que hablamos del privilegio de los grandes de España: fueron caballeros, digo, pajes cubiertos mientras duró la presencia de ellos en las tablas. No me pareció mal D. Henrique de Villena, pero creo que oiría otro, más impaciente que él lo hizo el domingo, la relación que le dirige Macías, en que lo llena de denuestos hasta decirle hechicero. Por lo demás, me pareció el concurso corto, tan pacífico en esto de aplaudir, como el Sr. de Villena en incomodarse. Hubo pocos, pero merecidos aplausos.

Por lo expuesto se deducirá que me pareció bien la compañía: lo dije así ya, y aún los vestidos eran propios, decentes y algunos lujosos. No le era el del hidalgo Vadillo al celebrarse la boda: el eterno traje amarillo conque representó, no era el correspondiente, ni en el fondo ni en la forma, con su alta clase. Desde luego, me preguntará alguien por las decoraciones. Sólo hablaré del palacio de D. Henrique de Villena, representa una galería inmensa, que así a buen cálculo, tendrá lo que hace la longitud de una "cuadra": entiéndase en el sentido que damos a esta palabra hablando de calles. Es de claro-oscuro. Las demás no me llamaron la atención en el drama.

Terminado éste, se presentó una decoración de campo, prima, si no hermana, del telón de boca, y se comenzó "El Payo de Centinela". Estuvo la pícara de la actriz, que antes hiciera de criada, muy feliz. El payo hizo reír grandemente con sus sandeces: no es necesario decir que estuvieron exagerados los trajes y los actores: esto es peculiar en los sainetes que acaban a palos, y en que hay palos aunque concluyan en matrimonio, como el de "El Payo de Centinela".

Terminó la función ya dadas las 12 de la noche. El "Payo" anunció desde la concha, según costumbre que conserva "Covarrubias", que el miércoles 28, se ejecutaría la famosa comedia de D. Manuel Bretón de los Herreros, titulada "No ganamos para sustos", y "El Hombre de la Culebra". Esta picesita ha sido muy bien acogida del público: los muchachos repetían a los caminantes algunos chistes que les han petado, el domingo por la tarde, desde uno de los puentes. Dicha función será a beneficio de los "serenos". Se ha representado otra a beneficio de un reloj que ha de colocarse en la casa capitular.

VIZCONDE GUSTAVO DE HESPEL DE HARPONVILLE.

Relata su viaje a San Antonio en 1849, en su libro: "La Reine des Antilles" ou situation actuelle de l'île de Cuba, précis Topographique, Statistique, Histoire Géographie, Agriculture, Commerce, Administration et Mœurs par le Vte. Gustave d'Hespeel d'Harponville, Ancien Capitaine de cavalerie au Service du Roi d'Espagne Chevalier de l'Ordre Royale et Militaire de Saint-Ferdinand. ("La Reina de las Antillas", o situación actual de la isla de Cuba, resumen topográfico, estadístico, historia, geografía, agricultura, comercio, administración y costumbres por el Vizconde Gustavo de Hespel de Harponville, Antiguo Capitán de Caballería, al servicio del Rey de España, Caballero de la Orden Real y Militar de San Fernando).

Jurisdicción de San Antonio de los Baños.—Municipio. Pág. 162-166.—Esta jurisdicción está comprendida entre los 22 grados, 38 minutos y 50 segundos; y los 22 grados, 59 minutos y 8 segundos de latitud Norte y los 70 grados, 9 minutos y 10 segundos, y 76 grados, 20 minutos y 50 segundos de longitud occidental de Cádiz. Mide 10 leguas cuadradas y está colocada bajo la jurisdicción de un Comandante civil y militar parte la policía y de sus Alcaldes ordinarios para lo civil. Se divide en 5 cuartones, a saber: la ciudad de San Antonio de los Baños, Güira de Melena, Alquizar, Vereda Nueva, Pependencias y Gabriel.

San Antonio de los Baños.—La Villa de.—Llamada también San Antonio Abad, situada a 8 leguas y media al sud-oeste de La Habana cabecera de la jurisdicción y cuartón de su nombre, es residencia de sus autoridades y se encuentra situada en terreno elevado, seco y pedregoso dominada al Norte por una colina. Data de mediados del siglo XVIII cuando los convictos mexicanos se empleaban en ella en los cortes de madera. En ese sitio se les construyó un barracón para darles alojamiento concediendo el propietario del potrero (hato) de Ariguanabo, por 1762 permiso a un tal Juan Cabrera para levantar una tienda, cerca del punto por donde cruzaba el río San Antonio. Algún tiempo después, desmontados esos terrenos, los vecinos de Santiago, reconociendo la bondad de las aguas del río, establecieron baños en el mismo y construyeron algunas casas en las que se establecieron algunas familias, formando un pequeño poblado, poniéndolas en 1768, las autoridades de Santiago, bajo la jurisdicción de un Comisario de Policía. En esta misma época se construyó una Ermita; en 1772 se la puso bajo la advocación de San Antonio Abad convirtiéndose en centro del cuartón. En 1778 se construyó la primera Iglesia y la segunda en 1788, nombrándose la parroquia. En 1794 el Rey nombró al Sr. Gabriel de Cárdenas (17) "justicia mayor", con plenos poderes para conocer en lo civil y en lo criminal, permitiéndole a la villa elegir su ayuntamiento. Reunió su primer Consejo al año siguiente, determinando los límites de su jurisdicción. Sus calles son rectas y largas. Tiene algunos edificios públicos de bastante buena construcción; un ayuntamiento, una cárcel, un hospital militar y uno civil, un cuartel de caballería y una estación de ferrocarril con amplios almacenes. Un ramal de ferrocarril de Güines la une a La Habana. Tiene 566 casas de mampoes

tería, 204 de madera y teja, 100 de paja (18) y cuenta con 3,186 habitantes: 2,048 blancos; 670 morenos libres y 458 esclavos.

Güira de Melena.—Se encuentra a 14 leguas de La Habana y a 4 de San Antonio, cabecera del cuartón de este nombre, está situada en tierra colorada y llana. Se fundó en 1779, construyéndose ese mismo año una capilla de guano, reedificada de mampostería en 1806. En esta época el Marqués de Cárdenas cedió una caballería y media de tierra para construir casas y aumentar la población. En 1840 se construyó su cementerio. Tiene 94 casas, 13 de mampostería, 62 de madera, 19 de guano y 519 habitantes, de los cuales: 293 son blancos, 169 morenos libres y 57 esclavos.

Alquízar.—Está a 11 leguas de La Habana y a 3 de San Antonio, es cabecera del cuartón, situada en centro de la hacienda Alquízar, que da su nombre al cuartón y a su cabecera. La iglesia se fundó en 1799 y fué declarada parroquia en 1806. Dña. Juana de la Osa donó una caballería de tierra que fué repartida entre los vecinos que pagan renta para el mantenimiento del culto. Tiene escuela primaria, una administración de correos, 145 casas; 36 de mampostería, 78 de madera y 31 de guano; 532 habitantes: 336 blancos, 95 morenos libres y 101 esclavos. Guayabacoa formó parte de este cuartón y está sobre el camino, a 2 leguas de San Antonio, con algunas casas y 50 vecinos, 44 blancos y 6 morenos libres.

Vereda Nueva.—A 9 leguas de La Habana y a 2 de San Antonio, es cabecera del cuartón de este nombre y está situada en el camino de la Vuelta-Abajo en terreno llano y pedregoso, dominada al Norte por las montañas del Anafe. Data de 1802 y tiene una iglesia, una escuela de primeras letras, 138 casas de mampostería, 42 de madera y teja y 78 de guano; 554 habitantes: 446 blancos, 63 morenos libres y 45 esclavos. Al mismo cuartón pertenece el Caimito, al pie de la montaña de Anafe, a 3 leguas de S. Antonio y a 1 y cuarto de Vereda, con 59 casas: 9 de mampostería, 5 de madera, 45 de guano; 300 habitantes: 255 blancos, 23 morenos libres y 22 esclavos.

Pendencias o Guanímar.—Cabecera de este cuartón, situada a 6 leguas y media; tiene 4 casas; 39 habitantes: 23 blancos, 7 morenos libres y 9 esclavos.

Y volviendo a San Antonio. Existen además, en los campos de esta jurisdicción, 547 casas de mampostería; 1,058 de madera y 780 de guano. El terreno es en general llano, seco y muy fértil, encontrándose regado por el río San Antonio que nace al Norte de la ciudad en el lago del potrero (hato) Ariguanabo y atraviesa la ciudad de San Antonio ofreciendo a poca distancia la particularidad de desaparecer al pie de un viejo árbol de ceiba. Los otros ríos son de poca consideración: el Guanímar, Majana y Cajío, que forman cada uno una pequeña ensenada en la costa sur, donde desembocan. Las costas son inabordables por ser pantanosas. El lago más grande de la jurisdicción es el Ariguanabo. Los baños del río San Antonio en la misma población son los principales, existiendo además los de Jaiguan y del Cajío en el cuartón de Güira de Melena. (19).

WILLIAM CULLEN BRYANT (1794-1878)

Notable poeta y periodista norteamericano. Nació en Cummington, Mass., de Noviembre de 1794. Hijo de Peter Bryant, médico y miembro de la Legión de Massachusetts. A los 13 años dió a la publicidad sus primeras producciones versos, en la "New Hampshire Gazette". En 1811 compuso su poema que alcanzó mayor fama "Thanatopsis", que vino a publicarse en 1817. Estudió la carrera de Derecho, graduándose de Abogado en el "William College". Practicó su carrera en Plymouth, Mass., por espacio de un año; y en Great Barrington durante 9 años. En 1825 se trasladó a New York para editar la "New York Review" y al año siguiente fué nombrado ayudante del Director del "New York Evening Post". En 1828 fué elegido Editor en Jefe de este gran periódico neoyorkino cuyo puesto permaneció hasta la fecha de su muerte, en 1878. Sus obras: "Letters of a traveller" (1850); "Letters from Spain and other countries" (1859); "Letters from the East" (1869); y "Orations and Adresses" (1873). Habla de San Antonio en su obra: "Letters of a traveller"; or notes of things seen in Europe and America. (Fourth edition). New York. G. P. Putnam and Co. 1855. ("Carta de un viajero" o apuntes sobre las cosas vistas en Europa y América). Su viaje a San Antonio lo realizó en 1849.

Ya me he referido a mi excursión a San Antonio. Llegué por ferrocarril, en un carro construido en Nebraska, tirado por una locomotora hecha en New York y manejada por un ingeniero americano. Durante un tramo cruzamos por siembras de boniatos que acá no requieren sembrarse por segunda vez, ya que se propagan solos indefinidamente en la tierra, cuadros de maíz, montes bajos de plátanos con sus oscuros tallos altos platanales de tallo verde, y siembras de piña creciendo en hileras como zanahorias. Luego plantaciones de caña de azúcar con sus delgadas hojas como espadas verde pálidas, y extensos paños de tierra dedicados al potrero en los que crecen matojos salteados y malas hierbas de tallo alto y seco, restos del último verano. Entre ellas ofrece un pasto labrado como a raíz del suelo. Acá y allá se veía un abandonado cafetal en el que quedaba el ganado entre las filas de cafetos partidos y medio secos cercados por descuidadas cercas de espino silvestre, "piña ratón", como le llaman los cubanos, en las que se han abierto grandes huecos.

Algunas veces pasábamos la choza de los "monteros" o campesinos construídas generalmente con hojas de palma, las paredes formadas por la parte ancha de la hoja (20), sujetas a postes de bambú y el techo por la hoja propiamente, semejando grandes plumas. De la puerta colgaba alguna vez una especie de cortina para protegerse del sol, la que chiquillos y mujeres de cara tostada, apartaban para vernos pasar. Estas viviendas eran a menudo pintorescas en su apariencia, con siembras de plátano detrás de un matorral de bambú, junto a la puerta, moviendo al viento sus finas hojas. Un par de árboles de mangos próximos, cuajados de frutas maduras, flores rojizas recién abiertas y un árbol o dos de caoba elevando sobre los demás sus inmensas y ligeras copas y sus racimos verdes nueces.

Una que otra vez nos cruzamos con los propios "monteros" corriendo en sus caballos con ese paso que nosotros llamamos apresurado. Su

tuario lo componía un sombrero de panamá, una camisa llevada suelta sobre el pantalón, un par de toscos zapatos de vaqueta uno de los cuales arma con una espuela y un sable (21) sujeto al lado izquierdo por un cinturón de algodón. Son hombres de aspecto recio, delgados, pero por lo general de buen aspecto, con anchos hombros, aunque encorvados, supongo que por la costumbre de estribar corto.

También cruzamos bosques. Sin duda supondrán Vdes. que los bosques en un suelo y clima como éste deben ser espesos, grupos de árboles, de troncos colosales y copas frondosas, pero los bosques de Cuba, al menos todos los que he visto, los forman espesos grupos de arbustos y plantas trepadoras a través de las cuales uno imagina que hasta los gatos monteses del país encontrarían imposible el paso. Sobre este bosque intran-sitable se levanta, aquí y allá, la palma o la gigante ceiba o árbol de algodón (22), pero con mayor frecuencia árboles de mucho menor belleza y más reducido ramaje, diseminados entre los demás, sin simetría alguna, y en esta época del año la mayor parte de las veces sin hojas.

Llegamos a San Antonio a las nueve de la mañana, y fuimos a la posada "La Punta" (23), donde almorzamos arroz, huevos frescos y un plato de carne, tan condimentada con ajo que era imposible discernir a que animal pertenecía. Junto a la posada había una valla de gallos, con jaulas para ellos, rodeando el espacio y en las que cantaban vigorosamente. Dos o tres personajes parecían no tener otra ocupación que atenderlos, y en particular, uno de grave aspecto con su barba gris y su paso firme que realizaba su trabajo con decisión y solemnidad que a mí, que recientemente había observado los rápidos entierros en el "Campo Santo" de La Habana, me resultó muy edificante. Un hombre entrenaba un gallo fino en el ruedo, dándole lecciones en la virtud de perseverar. Sostenía otro gallo frente a él enseñándole a perseguirlo, golpeándole ocasionalmente la cabeza con el ala del gallo que sostenía en la mano para provocarlo, haciéndolo luego correr detrás de él, por el ruedo, durante media hora.

Había oído mucho de la belleza de los cafetales de Cuba, y en la vecindad de San Antonio los hay que tienen fama de ser muy buenos. Un joven con camisa a cuadros azules y blancos, usada como faldellín sobre el pantalón de cuadros, con una espuela en un talón, se ofreció a conseguirnos una "volanta", y lo contratamos, nos trajo una con 2 caballos, un postillón moreno (24), montado en uno, y la vara del coche sostenida por el otro. Salimos cruzando por campos cercados por piña de ratón y por caminos tan malos que si el muelleo de la volanta no fuese el más cómodo del mundo habríamos sido desagradablemente sacudidos.

Las tierras de Cuba, útiles para el cultivo, se dividen en coloradas y negras. Nos encontrábamos en el centro de las tierras coloradas, consistentes en un polvo fino de oscuro color ladrillo, descansando sobre una base suave y porosa de greda caliza. En la época de la seca la superficie se dispersa fácilmente en forma de polvo que mancha la ropa de un rojo obscuro.

Un recorrido de 4 millas, a través de una campiña cubierta de palmas y cocos, nos condujo a la puerta de un cafetal, que fué abierta por nuestro amigo de la camisa de cuadros que nos había acompañado. Llegamos a la casa por lo que había sido una avenida de palmas y que ahora sólo eran dos filas de árboles a distancia muy desigual, con un naranjo aquí y allá. A cada lado crecían los cafetos, cubiertos con flores blancas como la nieve, pero sin estar podados, y cubiertos de gajos secos y sin ramas. En todas direcciones había grupos de árboles estimados como ornamentales o apreciados por sus frutos, y arbustos entre los que habían magníficas adelfas cubiertas de flores, sembradas en tal forma, que rompían la fuerza del viento y en parte protegían las plantas de los rayos demasiado ardientes del sol. Un cafetal es, de hecho, una especie de bosque, con los árboles y arbustos sembrados en rectas filas. El "mayoral", encargado de la finca, un cubano mozo, con blanca dentadura, una sonrisa agradable y un peculiar acento en su idioma nativo, nos recibió con gran cortesía, ofreciéndonos "cigarrillos", pese a que él nunca fumaba tabaco, y aguardiente de caña aunque él nunca lo bebía. Portaba un sable, y llevaba un largo y flexible látigo recogido del suelo por conveniencia. Nos enseñó los cafetos, las anchas plataformas con pulidas superficies de cemento y bordes levantados, donde las cerezas se encontraban al sol, y los molinos en los que los morenos trabajan separando el grano de la pulpa que lo envuelve.

Estas fincas de café, nos dijo, "hoy se encuentran en decadencia y los dueños las abandonan tan pronto como pueden, dentro de 4 años más no habrá un solo cafetal en la Isla. No se puede costear el fomento de un cafetal por los precios que rigen en el mercado para el grano". Pregunté la razón, "es, me replicó, la extrema seca cuando la planta está en flor. Si en esta época llueve, estamos seguros de una buena cosecha, si no llueve, la cosecha es pequeña y la falta de lluvia es un hecho tan corriente que debemos dejar el cultivo del café a pueblos como Santo Domingo y el Brasil".

Le pregunté si la finca no podría convertirse en finca cañera. "Esta no, me respondió, ha sido cultivada demasiado tiempo, la tierra fué originalmente muy rica, pero se encuentra exhausta, cansada", fué la expresión que usó. Podemos cultivar maíz o arroz, ya que el cultivo del arroz de secano tiene éxito aquí, o podemos abandonarla para pasto. Actualmente mantenemos pocos morenos, los suficientes para recoger las cerezas que maduran, sin tomarnos el trabajo de conservar las plantas o reponer las que mueren".

Por lo que observé en esta finca, pude apreciar que debe haber una gran belleza en el arbolado de un cafetal bien atendido, pero no en la forma en que está sembrado, las estrechas avenidas e hileras de árboles. los cuadrados y paralelógramos, me enseñaron que no había belleza de composición. Antes de regresar a nuestra posada nos topamos con el propietario, una persona de aspecto delicado, que había sido educado en Boston, y hablaba inglés como si nunca hubiera vivido en otro sitio, sus

modales, comparados con los de su encargado eran excesivamente fríos, y poco acogedores, y cuando le contamos la amabilidad que se nos había mostrado, su mirada pareció indicar que hubiese deseado fuese en otra forma.

Regresando a nuestra posada cenamos, y al ponerse el sol salimos a caminar para ver el pueblo. Está situado en un limpio arroyo sobre el que están construidas varias casas de baños con sus horcones levantados en medio de la corriente. Más allá de la población corre entre bancos rocosos cubiertos de arbustos, muchos de ellos en flor y antes de llegar al pueblo después de recorrer zigzagueando un pequeño tramo, penetra soñoliento en una caverna en la roca caliza sobre la cual se levanta una inmensa "ceiba" que abre sus brazos de ramas en mitad del cielo. Por esta abertura se precipita el río no volviéndosele a ver más. Esto no es un hecho único en Cuba. La Isla está llena de cavernas y huecos en las rocas y me dicen que muchos de los arroyos encuentran salida subterránea al mar. Existe un pozo en la posada "La Punta" en el cual se escucha de continuo el agua corriendo, es el ruido de un río subterráneo, corriendo por su lecho de roca, y el pozo es una abertura en su techo.

Al cruzar el pueblo me llamó la atención el arreglo cuidadoso de los vecinos de las más humildes casas. En la puerta de una de ellas contemplé un grupo de chiquillos, de diferentes edades, todos muy lindos, con caras ovaladas y brillantes ojos negros, con limpios y frescos trajes que pensáramos era imposible se mantuviesen de esta forma sin ensuciarse en aquella casa con piso de tierra.

Al día siguiente, a las once y media, dejamos nuestra posada que era a su vez lo que llamamos en los Estados Unidos una tienda de campo (25), en la que los mozos estaban detrás del mostrador haciendo cigarros con tabaco de Vuelta-Abajo. Regresamos por ferrocarril a La Habana, después de procurarnos la licencia de viaje, a un costo de cuatro pesos y medio cada uno, ya que es voluntad del Gobierno imponer este tributo a los extranjeros que viajan. Temprano, a la mañana siguiente, tomamos el tren de La Habana para Matanzas.

IX

FREDRIKA BREMERS (1805-1865)

Nos habla de San Antonio en su libro "The Homes of the New World". Impressions of America. Translated By Mary Howit. Dos tomos. Editado en New York, Harper & Brothers. 1853. En el tomo II, describe su viaje a Cuba, en 1851. Nació esta ilustre novelista sueca en Finlandia, cerca de Abo, hija de un fundidor de hierro. De 8 años escribía poesías en francés. Publicó una serie de novelas anónimas y pasó los años 1849 al 51 en América. Murió en Astra, en 31 de Diciembre de 1865. Sus obras: "Sketches of Every Life" (1828-48); "Axel and Anna" (1834); "The President's Daughters" (1834); "The Home" (1839); "Homes of the World" (1853); "Hertha" (1857).

En la terminación de su carta de 3 de Abril, nos dice: ... En la mañana regreso a Matanzas, desde allí pasaré a La Habana y luego a San

Antonio de los Baños, un balneario donde el paisaje tiene fama de ser magnífico (desde donde visitaré una plantación algo distante). Un joven hacendado de ésta, un francés-criollo, nombrado S. (26) desea que conozca a su madre, viuda de su segundo marido el Marqués español de C., que reside allá; y de quien me ha hablado en tales términos que me han hecho querer conocerla, ya que además tiene fama por su afición a la literatura, al arte y a la compañía de quienes se dedican a ellos. Permaneceré por tanto en Cuba más de lo que pensaba, pero sólo estaré un vez en esta patria de la belleza, lamentando sea tan poco conocida. Naturalistas, historiadores, arquitectos, pintores y poetas debieran visitarla en busca de nuevos conocimientos e inspiración. El aire, la luz y la vegetación sobre la tierra y las cavernas bajo ella se encuentran llenas de vida y de belleza. Existen unas grutas famosas no lejanas de la hacienda en que me encuentro y las que posiblemente visite mañana temprano.

Tenemos como huésped en la casa una activa jovencita de origen francés, Eudoxia B. cuya alegre conversación, su natural salud y graciosos modales convierten en un placer el verla y escucharla. Por ella me enteró que las muchachas de Cuba, al igual que las de Suecia, tienen ciertos sueños utópicos de un lugar (una especie de paraíso) en el que no tengan entrada los hombres. El hermano de Eudoxia también tiene idea de un paraíso semejante para los jóvenes y del cual quedarán excluidas las mujeres. Muy equivocada estaré si algún día estos dos jóvenes no se excluyen a sí mismo de su paraíso para tomar el estado de casados, ya que no creo en la vocación de la linda Eudoxia para Monja. He dibujado el retrato de esta encantadora chica en mi álbum. Una pequeña lagartija verde permaneció quieta casi todo el tiempo, casi dos horas, en una rama de viña, junto a la ventana, contemplando a otra en el ángulo opuesto y al parecer observando todos sus movimientos. Estas pequeñas criaturas me entretienen enormemente, parecen tan sabias y pensativas. Cuando desean hacerse agradables unas a otras sacan una especie de alas por un lado, de un brillante color rojo y la agitan como un abanico.

Esta mañana encontré con asombro que todos mis "cuculios" habían desaparecido del vaso que siempre está en mi velador. No podía comprender como pudo ocurrir esto, ya que carecían de energía suficiente para dejar un trozo de caña de azúcar y volar a otro sitio. Más tarde al obscurecer, observé una enorme araña negra, tan grande como la mano de un niño, en la pared de mi cuarto con un "cuculio" en la boca. Ya la había visto varias veces en este sitio a la horrible criatura. Estas arañas son de horroroso aspecto, pero se me dice que son inofensivas para el hombre. La cantidad de insectos trepadores resulta un fastidio, siendo necesario para conservar los alimentos mantenerlos rodeados de agua.

Se rumora un nuevo ataque a Cuba. La nueva tentativa de conquista se dice surgirá con los americanos. Se dice igualmente que la expedición se está armando en "Yucatán" y consistirá en numerosos veteranos de la guerra de México, se espera para la Pascua. Muchas familias en las haciendas están preparadas para huir de la Isla, tan pronto comiencen

los disturbios. Los criollos están muy disgustados con el gobierno español y tienen razones para estarlo. Desean, sin excepción, ser liberados de su yugo, pero por sí mismos son demasiado débiles para lograr su liberación, y temen que los de color, a la primera oportunidad, se levanten contra ellos. El Ejército Español se prepara activamente para defender la Isla contra los americanos. El gobierno americano se ha manifestado públicamente opuesto a estas expediciones piratas y advierte a todos los buenos ciudadanos de los E. U. que se opongan a ellas. Los españoles sospechan a pesar de ello, que los estados esclavistas sureños desean participar en ellas con la finalidad de anexarse a Cuba como un estado esclavista más que contrarreste el aumento de los estados anti-esclavistas del Norte. Como sea, ya sabré el resultado de todo esto en los E. U. El 22 de Abril diré Adiós a esta bellísima Cuba, mordida por venenosa serpiente.

Carta XXXVI.—*San Antonio de los Baños*.—Embarcada a la aventura en tierras extrañas, querido corazón, y por el momento no de la clase más agradable, me encuentro en ésta, completamente sola, en una pequeña "posada" (una casa-hotel de tercera categoría), lo más incómoda posible, rodeada de gente que no me entienden y a las que yo tampoco entiendo (27). Me encuentro aguardando la llegada de la volanta de la Sra. C. (28) que me ha de llevar a su plantación, a unas 5 millas inglesas de este sitio. Sin embargo, tal vez ella aún no ha recibido la carta en que le anunciaba mi llegada, y en tal caso, la volanta no llegaría hasta dentro de un día o dos, debiendo aguardarla mientras tanto. No me encuentro incómoda ni falta de comida porque mi hada viajera madrina está junto a mí y me mantiene en excelente humor, lo que me ha permitido encontrar un "Don" español en el ferrocarril que podía hablar algo de francés, y que se encantó de serme útil. Con su ayuda y mi diccionario de frases españolas me las arreglo bien. A más de esto, he enviado una carta de introducción, que me había sido entregada, para Don Ildefonso Miranda (29), que vive cerca de acá, en "su cafetal en Alquizar", y espero verlo durante el día, para salir con su ayuda de mi "fonda", ya que habla francés como un nativo, según me han dicho y es un "caballero perfecto".

Te escribo en un cuarto chiquito, con paredes blanqueadas de cal, y con suelo de tierra, teniendo por único mobiliario, una silla y una mesa de madera, con el viento soplando a toda fuerza, por la ventana, pero es ese aire cálido de Cuba con el que uno no se puede molestar.

Mi viaje, esta mañana, por ferrocarril, fué espléndido, similar a otro que hice hace algunas mañanas, con las palmas y las magníficas flores de los cafetales a todo lo largo del camino. Toda esta parte de la Isla es famosa por la belleza de sus cafetales, cuyos mejores días ya pasaron, pues no producen café en la misma cantidad y calidad que los cafetales de la parte oriental de la Isla, y están, por consecuencia, en decadencia. San Antonio de los Baños es una pequeña población o ciudad célebre por sus baños y por la belleza de las montañas próximas. Las fincas se encuentran por todas estas montañas, donde el calor nunca es extremo; la brisa

del mar sopla de continuo y la yerba está verde todo el año. En ella existen magníficas casas, con espléndida vista sobre el agua. San Antonio además famoso por su río subterráneo, al que iré y el que trataré de descubrir por mí misma. He despedido al guía, que me consiguió mi amigo "Don Manuel", pues estuve a punto de considerarlo capaz de arrojar al río subterráneo que iba a visitar. Me excusé con el pretexto de "viento". Este sopla en mi cuarto en tal forma que no puedo seguir escribiendo, ya que los papeles no hacen más que revolotear.

Cafetal "La Concordia" Abril 27.—(30).—Desde que te escribí, última vez, he pasado varias pequeñas molestias y desventuras, pero todas resultaron al fin, para lo mejor; y ahora te escribo desde el hermoso cafetal de Madame C., donde estoy parando, rodeada de la más deliciosa tranquilidad y la compañía de su alegre y encantadora familia. Por el día completamente sola, en San Antonio, en mi pequeña "posada". Mi cuarto, aunque desnudo y carente de muebles, estaba limpio, y R. mundo, el sirviente de la casa, fué muy respetuoso y amable, comenzando gradualmente, supongo que a fuerza de buena voluntad, a entenderme y si no me hubiese visto sola en esta "posada" por algún tiempo, y hubiesen ocurrido los pequeños contratiempos, no hubiera conocido a San Antonio de los Baños, como lo he hecho, y ello hubiera sido una gran pena.

Después de almorzar una excelente carne asada con boniatos y comenzar a refrescar el día, salí solitaria, a deambular por las calles, contrándome ya endurecida contra las miradas curiosas de los gritos y maromeros negritos que siempre me siguen un tramo cuando salgo sola.

Algunas chozas, techadas con palma, bajo un bosquecillo, a corta distancia de la "posada", me atrajeron, porque presumí que eran la habitación de los de color, y no me engañé en ese sentido. Pronto me encontré recorriendo un pequeño e irregular poblado, con calles de tierra y casuchas de madera, rodeadas de pequeños jardines, y los hermosos árboles y la vegetación del país. Palmas, dátiles y plátanos, crecen por todas partes, y en todas partes, debajo de ellos, juegan y saltan los negritos desnudos. Las morenas estaban trabajando o de pie, a las puertas de sus casuchas, me encontraba, aparentemente, en una región africana. "Bonjour, Madame", oí decir desde una de las casuchas y volviéndome contemplé una morena alta y bien vestida, que de pie, en su puerta, parecía invitarme a pasar. Acepté contenta la oportunidad de conversar con alguna de estas gentes y entré en la casucha, que era desahogada, dueña era una de las morenas más alegres y amables que puede imaginarse. Todo en la habitación estaba limpio y ordenado; el dormitorio, cocina y el jardín. La morena me enseñó todo, riendo a cada pregunta u observación que le hacía. Había nacido en Santo Domingo, donde tuvo con una familia francesa, antes de la revolución de la Isla. Se expresaba muy incorrectamente en francés, pero me dió numerosa información sobre la condición de los morenos en el pequeño caserío. Parecía estar conformes y contentos, manteniéndose de sus pequeños lotes de tierra.

y de sus animales, al propio tiempo que de realizar trabajos de varias clases para la gente de la ciudad. Ella misma se encargaba de lavar y estaba contenta de su mundo. Al presente, gozaba de un "dolce farniente", al igual que su esposo, que no hablaba otro idioma que el español, y quien, por tanto, no tomó parte en nuestra conversación, permaneciendo sentado, fumando su tabaco, con una expresión de la mayor cordialidad y buen humor. Cuando contemplé varios plátanos en el jardín (que no estaba muy bien cuidado), le pregunté si los comían en el desayuno. Mi pregunta le pareció increíblemente divertida, y casi ahogada de la risa me dijo que tenía que tomar plátanos asados. Deseando a la feliz pareja larga vida en su casucha, seguí mi camino, aumentando a cada paso mi placer el irregular, pero poético y pintoresco escenario que me ofrecía San Antonio de los Baños.

Imagina ruínas de altos muros, y pórticos cubiertos con pinturas al fresco, entre las pequeñas y blancas o alegremente pintadas casas cubanas, junto a pequeñas chozas de morenos, techadas con palmas, todas en pintoresca confusión. Un profundo pero estrecho arroyo, claro como el cristal, con sus orillas cubiertas de sombríos árboles, entre los que se levantan chozas de morenos con sus techos de palma y sobre ellos, inclinándose hacia el río, plátanos y cañas bravas, rodeadas de arbustos cubiertos de flores rojas y amarillas. En el río imagina niños bañándose y jugueteando, y sobre él, viejos puentes de piedra o de madera, que lo cruzan, con sus pilares terminados en punta, con estribos, y cruzando sobre ellos mayores a caballo, con pistolas en el arzón de sus monturas y sables con puño de plata al costado, y acá y allá, en las verdosas orillas del río, dátiles y cañas bravas en jardines o junto a viejas portadas y ruinosos muros. Grupos de mujeres blancas o de tez aceitunada, la mayor parte jóvenes y bonitas, algunas fumando cigarrillos, otras con flores en el pelo, contestando al saludo del transeúnte con una graciosa inclinación de cabeza y un melodioso "buono tarde, signora", y en todas partes grupos de personas, con trajes ligeros. Alegres morenos, morenas y negritos desnudos, actuando como pequeños salvajes. Hombres blancos, sentados en los muros o caminando lentamente mientras fuman tabaco, y sobre todos ellos, ese suave cielo tropical, ese aire delicioso, ese fresco, y esa suave y alegre luminosidad que invita a un "dolce farniente", y tendrás un bosquejo del panorama que contemplé, andando de acá para allá, hasta que con las sombras de la noche aparecieron las estrellas en la escena. De noche en mi "fonda" me preparé para la noche. Tenía una pequeña cama arreglada con sábanas limpias y una ligera sobrecama. Logré una taza de té claro, un poco de pan, y una lámpara de noche, y mi amigo Raimundo, dedicado a mí con el máximo respeto y seriedad. Una vez sola, el sonido de una guitarra, acompañada por una trémula, monótona pero agradable melodía, similar a la seguidilla española, me llegaba. A su sonido me quedé dormida en mi cama fresca y pasé una excelente noche sin ser molestada por los ladrones sedientos de sangre, a los que tanto temía: las garrapatas y las pulgas.

Cuando me desperté, a la mañana siguiente, ví la cara respetuosa de mi amigo Raimundo, por mi ventana, que venía a preguntar si deseaba algo. Le pedí café y un huevo, y mientras desayunaba de este modo, se anunció "Miranda". En tal forma, como para demostrar que se le consideraba como un "poder" de primera categoría. En poco rato estuvo lista para recibir a D. Ildefonso Miranda, lo que hice en un cuarto próximo al mío, y del mismo tipo. D. Ildefonso Miranda silbó a los "hombres de la posada", que volaron para recibir sus órdenes, que dió con las manos, corriendo todos para cumplirlas. En cuanto a mí, Miranda fue en verdad "un caballero perfetto", infinitamente cortés en tono y maneras, me brindó el uso de su volanta y "calashero", para que me condujese a la Señora C..... Desayunó conmigo, y organizó todo según mis deseos y cuando al partir traté de pedir mi cuenta en la "posada", ya esta había sido pagada por el Sr. Miranda. Hubiera sido inútil la protesta y tampoco correcta, por tanto tuve que tomarlo como un hecho sin importancia dándole las gracias con un cumplido sobre la gentileza de los españoles. Esta gentileza es en verdad grande con las mujeres y las forasteras, encerrándose en ellas cierto orgullo nacional que en el fondo es noble y hermoso.

Llegué al cafetal "La Concordia", residencia de la Sra. C..... en la volanta de D. Ildefonso, con un cálido viento tropical que levantaba el polvo rojo del camino en remolino, en medio de él y a través de la veloz carrera apenas si podía contemplar entre nubes de polvo rojo las hermosas palmas y las brillantes flores de los cafetales asomados sobre los muros de piedra que cercaban las orillas del camino. Madame C..... no estaba en la casa de la plantación, encontrándose en la Playa, en la costa Sur de la Isla, tomando los baños con sus hijos y nietos y no sería hasta esta mañana que podría recibir mi carta con la de su hijo. El mayordomo de la plantación, Don Felipe, un amable señor de edad, me recibió con esa cortesía española diciéndome "Toute la maison est a votre disposition! Vous etes chez vous. Disposez de tout. La maison est a vous ce n'est pas un compliment".

Cenamos el amable señor y yo, hablándome D. Felipe, de Madame C..... con verdadera veneración. "Oh c'est une dame, una dame comme il y en a peu". Trinidad, una morena amable, con lindos ojos, que habla algo de francés, es mi "femme de chambre". Dormí esa noche en este sitio. A la mañana siguiente, recibí una carta de Madame C..... invitándome a reunirme con ella en la Playa, y arreglándolo todo para mi viaje, disponiendo que fuese compañero el más encantador y buen mozo de los chicos, Adolphe S..... (31), de doce años, el mayor de los nietos de Madame C..... Partimos, el viaje fué arduo, al principio por un magnífico arroyo casi cerrado por las raíces de diferentes clases de plantas acuáticas. El viaje era horriblemente cansado y espantosamente caluroso. Mi pequeño "caballero" de ojos negros, el dulce joven, me animaba diciéndome "pronto será mejor", "ya pasamos lo peor", "pronto llegaremos a donde el agua esté más libre". El amable jovencito me confortó

todo el trayecto, que duró 3 mortales horas. Después de ellas el arroyo desembocaba en un pequeño río en el que sentimos la brisa del mar. A su desembocadura se encuentran algunas chozas de embarrado, habitación normal de pescadores, levantadas en la costa, sobre la hierba, en ellas residía la aristocrática familia, llevando una vida de campaña por algunas semanas, con la única finalidad de tomar los baños de mar. Madame C... acababa de regresar del baño, apareciendo encantadora y átrayente, mientras avanzaba hasta mí con su traje blanco largo, su palidez, su noble aspecto y sus bellos modales. Parecía tener entre 50 y 60 años y la más refinada feminidad y gracia impresa en el rostro y en la forma. En torno a la bella señora estaban dos jóvenes altos, sus dos hijos más chicos, Alfredo y Sidney S. (32), y una atractiva señora española, mujer del mayor, y sus 6 niños, 4 varones y 2 niñas, todos atractivos, rodeando este bello grupo, morenos, morenas y algunos perros.

Una casita al otro lado del río y frente a la de Madame C..... se encuentra preparada para mí. En ella estaré completamente sola y la excelente señora la ha hecho todo lo cómoda que puede ser con una cama, una silla y una mesa. El viento sopla a través de sus paredes de madera por el lado que da al mar, pero es ese viento de Cuba. No hay árboles en la vecindad, nada que no sea pantano y manigua baja y más allá el gran mar que se extiende sin estar limitado por rocas en la inmensa distancia. Estamos en la costa Sur de la Isla, en una desolada región habitada sólo por pescadores pobres para los cuales la temporada de Madame C..... forman días marcados en rojo en el almanaque (33). Todo tiene el encanto de la novedad y puede soportarse por unos días, aunque casi me apena haber venido porque temo haber causado numerosos inconvenientes en los baños de mar de la familia. Apesar de ello, son demasiado amables para dejármelo comprender y yo he resuelto darme por satisfecha con todo, lo que no es difícil acá. Cenamos espléndidamente en una pequeña mesa en la terraza de la casucha de palma de Madame C..... y luego nos sentamos a conversar a la luz de las estrellas con la suave brisa del mar como no lo había hecho en largo tiempo, sobre interesantes períodos de la historia sueca, entre otros, ya que esta inteligente señora y sus cultos hijos conocen perfectamente sus hechos principales. Cerca de media noche, con la ayuda de una fiel sirvienta ya vieja, regresé a la otra orilla del río, utilizando un viejo puente destaralado. El viento soplabá fuertemente y se oía cada vez más fuerte el rugir de las olas. La Cruz del Sur, con su glorioso centauro de estrellas, y la magnífica estrella en el Barco de Argos, Canopus, brillaba sobre el mar, en los cielos del Sur. Las saludé a todas y me interné en mi choza. La luz se había apagado pero las estrellas se asomaban por el hueco de la ventana que daba al mar. La cortina de la cama revoloteaba, pero era el viento de Cuba. Me acosté con él silbándome alrededor y aunque no dormí mucho gocé del indecible placer de sentirme llevada en alas del viento y acompañada por el fresco y suave espíritu del mar. Transformada en un espíritu no parecía darme cuenta de mi ser físico.

A la mañana siguiente, la escena presentaba un aspecto serio. El cielo estaba claro, pero el viento de la noche había hecho avanzar el mar sobre la playa, y continuaba soplando con la misma fuerza; el río crecía y desbordado en sus márgenes rodeaba nuestras chozas, un charco de agua se comunicaba con el otro y todos juntos formaban pequeños lagos. No era posible comunicarse de una choza a otra. Chapoteábamos en el agua como patos. La familia comenzó a alarmarse. "Si el viento continúa en esta dirección nos veremos rodeados de agua por la mañana". El viento continuó soplando en la misma dirección y se hizo imposible ir de una casa a otra a no ser en bote. El agua subía hasta la altura de la terraza de Madame C..... No podíamos salir. "Ce n'est pas vivre ici", por lo que todos tomamos la resolución de abandonar rápidamente "la playa" y regresar a "La Concordia" a la mañana siguiente. El hijo mayor y todos los muchachos estaban enfermos, el resto de la familia y yo nos sentamos hablando alegremente en la noche hasta pasadas las diez, cuando yo en medio de la tempestad y de la obscuridad, en parte chapoteando y en parte saltando por el agua llegué a mi casa, con la tempestad rugiendo a mi alrededor, pasando, apesar de todo, una buena noche bajo un verdadero diluvio.

A la mañana siguiente abandonamos el campamento y regresamos al cafetal por el mismo arroyuelo que antes habíamos recorrido para llegar a "la Playa". Entre la falta de espacio, el calor, y las inconveniencias de todas clases, sentí una pena silenciosa al pensar que contribuiría a aumentar las molestias de todos, aunque admirando la amabilidad de la señora, quien pese a estar ella misma muy incómoda se arreglaba para cobijar bajo su quitasol a todos los muchachos que podía librándolos del calor y a proteger mis piernas con las de ellos. El más joven Bambino lloró la mitad del camino. Finalmente, cansados y en condiciones deplorables, llegamos al cafetal, donde nos repusimos pronto, y por la noche, sentados al fresco de la hermosa terraza contemplamos los brillantes "cuculios" flotar en el aire y escuchamos las seguidillas españolas que Alfredo S....., románticamente guapo, cantaba con una hermosa voz llena de sentimiento y emoción, acompañándose de una guitarra, que hacía se le escuchase con el alma. Estas seguidillas españolas, peculiar canto nacional de España, tienen también su espíritu característico que respira en ellas indescriptible frescura y naturalidad, reconociéndose en las mismas la inspiración de una vida joven y primaveral. Tienen ésto en común con nuestros cantos populares suecos, pese a sus diferencias en temperamento y carácter. Nuestras melodías son más profundas y más ricas, pero hay en las de ellos mayor luminosidad y una vida más alegre y más cálida.

X

JULIA WARD HOWE (1819-1910)

Nació en New York, en 1819, escritora, conferencista y reformista norteamericana. Fué hija de un banquero y una poetisa. A los 16 años colaboró con poesías para distintos periódicos. Se casó en 1843 con el Dr. Samuel Gudly Howe, con quien viajó por España, Italia, Francia y Alemania. Vino a Cuba en 1859. Dominaba el

alemán, francés, italiano, griego y latín, así como el inglés. Estudió Filosofía, dedicándose principalmente a las doctrinas de Kant, Spencer y Comte, de las que era partidaria. Ayudó a su esposo a dirigir un periódico anti-esclavista, el "Commonwealth", de 1851 al 53. Fundó un club de mujeres sufragistas, y en 1861 escribió el Himno de la Bandera de la República. Escribió varios dramas y versos, siendo sus obras principales: "Passion Flowers" (1854); "Words for the Home" (1857); y "A Trip to Cuba" (1859), publicado en forma de artículos, en el "Atlantic Monthly". Visitó a S. Antonio en 1859.

Capítulo VIII. Pág. 66.—San Antonio de los Baños.—"Apartaos de mi pensamiento vanidades del mundo".—No importa lo encantadora que resulte La Habana cuando se la vé a la luz pálida de los recuerdos. Para marcharse, es un sitio tan bueno como cualquier otro cuando se ha pasado una noche estirada dentro de una red (34), los postigos de madera abiertos, con la remota esperanza de aire, pero sólo admitiendo la música de toda una orquesta de perros, incluyendo bajo, tenor, soprano y coros. En lugar de flores les arroja Ud. piedras, si tiene la suerte de tenerlas a mano, si no, hormas, naranjas o su único paraguas. Finalmente, se vé Ud. acometiendo frenéticamente, con manos y pies las barras de hierro de su ventana, mientras la mujer lo sujeta por el camión de algodón que uno se empeña en usar en este dudoso clima. Por fin, termina el quinto acto con un aullido que lo hace esperar que alguno de los actores haya muerto, pero ¡Ay! no es más que un desenlace teatral, en el cual el héroe morirá de nuevo todas las noches, mientras dure la temporada. Entonces se queda Ud. dormido, pero la cordial bienvenida apenas ha pasado, cuando es despertado por un toque a la puerta. Es el sereno que lo despierta a las 5 a fin de que pueda disfrutar del café matutino y precipitarse en una "volanta" alquilada, para llegar medio muerto de sueño a la Estación, a tiempo de tomar el tren que va a San Antonio. Sea Ud. partidario o no de las levantadas temprano, debe admitir que el amanecer y la hora que le sigue, son las horas de oro en Cuba. Esta hora de comenzar, —las seis— tan desagradable en nuestras latitudes, es hora normal en los climas tropicales. Llegando a la Estación lo aguardan nuevas contrariedades, en la espera de su boleto. Sus baúles son anotados en un libro y habiendo pagado "un real" por cada uno de ellos, recibe Ud. un papel que lo autoriza a reclamarlos de nuevo al término del viaje. Los ferrocarriles de Cuba son buenos, pero caros, siendo el precio de 10 centavos por milla, mientras en países más favorecidos uno viaja por 3 centavos y tiene incluido, en caso de accidente, los servicios de un médico, sin cargo extra. Los carros tienen ventanas, que están siempre abiertas, y cortinas siempre cerradas, o semi-cerradas. Los asientos y sus respaldos son de paja, para el fresco, ofreciendo al mismo tiempo su dureza. Se llega a San Antonio en hora y media, encontrándose con un agradable pueblo, con un río que lo atraviesa, varias calles con buenas casas, otras más con casas malas, una catedral, una Valla de Gallos, una "volanta", cuatro soldados a caballo, dos a pie, un mercado y finalmente el Hotel Americano, —una casa construida en cuadro, como es costumbre, y atendida por una mujer de carácter, natural de los Estados Unidos, cuyo acento yankee (35) es inconfundible, pese a que lleva mucho tiempo ausente de los centros de economía doméstica.

Mrs. L. . . . , siempre alerta a las llegadas, sale a recibirnos. Seremos muy bien atendidos todo el tiempo que permanezcamos, —nos dice—, pero se pregunta ¿por qué no somos más? Los más pequeños favores serían agradecidos, ha oído decir que La Habana está llena de extranjeros y se pregunta porqué permanecen en ese cálido lugar para freírse o asarse o atrapar la fiebre amarilla, cuando ella podría tenerlos tan cómodamente en San Antonio, continuando lamentándose de esta falta de parroquianos durante toda nuestra estancia, y hubiera sido poco caritativo de nuestra parte admitir que encontramos muchas deficiencias en su establecimiento, que nos produjeron asombro, y que eran causas de protestas: deficiencia en el almuerzo, en la comida, falta de algo bueno para el té, falta de tohallas, falta de velas, de hielo, o al menos de los frascos-porrónes del país. Precios exorbitables, —los mismos que en La Habana, donde los alquileres son una onza a la semana y más, dificultad en obtener "volantas". Mrs. L. . . . ha hecho un arreglo con el único establo para que alquilen siempre a los precios más razonables, de los cuales suponemos ella guarda una parte. De otro lado, el pueblo es realmente fresco, saludable, y bonito, hay agradables paseos, por malísimos caminos, si uno se hace la idea de hacerlos en "volantas", y deliciosos baños en el río, cubiertos con hojas de palma. Uno de los mejores está al pie del hotel de Mrs. L. . . . y su uso se incluye entre los privilegios de la casa. El agua es casi templada, clara y verde, con peces (36) que nadan aquí y allá, tratando de pescarlos con alfileres torcidos, hombres de ágil imaginación, que logran pescar uno al día. Las señoras de la casa acuden a los baños, y en este fresco pasatiempo hay risas, salpicar de agua y cogerse las manos o imitar a todas las Venus que han existido, desde la agachada del baño a la triunfante Cypherea, saliendo por primera vez de una ola. (37).

Tales son los recursos del establecimiento. Los de la vecindad son varios, el principal es el "Cafetal" o finca de café de D. Juan Torres (38), a una legua del pueblo, por cuya legua cruzamos en una volanta arrastrada por 3 caballos, sobre piedras, arena y carriles. Ud. sabe que la volanta no puede volcarse, pero sin embargo experimenta momentos de ansiedad, cuando en un ángulo obtuso queda una rueda al aire y la otra metida en un hoyo. Los caballos tirando y pateando, y el postillón (39), jurando a más no poder. Pero está escrito, la "volanta" no se volcará, y no se vuelca. Mucho antes de que se vea la entrada de la plantación, se ven las altas palmas que sembradas en hileras cubren sus linderos. Una avenida de ellas lo lleva a la casa, donde los perros, ladrando, anuncian a D. Juan, un caballero anciano, en pantuflas, con un sombrero de Panamá, su pelo, su cara, sus ojos, y todo él en una tonalidad gris, que viene a recibirnos. Aquí de nuevo Hulia, una protestante, se convierte en motivo de una serie de ataques de nuevo tipo. D. Juan primero agota en ella las flores de su jardín y le explica todo lo que le es nuevo, entonces le muestra un chino ciego (40), un coolí, Sanson, sin vista, que trabaja resueltamente en el molino: ¡canta! le ordena su amo, y el pobre esclavo le da a la lengua como un sabueso en el rastro; ¡baila!, y entregándole un bastón, realiza la gimnasia de su país, una especie de baile guerrero,

sin acompañamiento; el "can", y entregándole una escoba, le sueltan un perro. Una lucha furiosa se entabla, el perro atacando furiosamente y el ciego guiándose por sus ladridos, defendiéndose vigorosamente. El chino ríe, el amo ríe, pero el visitante se siente más inclinado a llorar, habiéndose educado en esas costumbres del norte, donde se respeta al inválido. Un "real" despidió al pobre hombre, que se va con una sonrisa, y entonces comienza el viaje por el "cafetal". El café está todo en flor y acres enteros se ven blancos de flores, que casi parecen pequeños jazmines. Su fragancia, dicen, es deliciosa, después de la lluvia, pero estando en época de seca casi no se siente. Como el sombrero es de gran necesidad para el crecimiento del cafeto, los campos están sembrados en líneas con árboles frutales, y éstos eran los causantes de las tribulaciones de Hulia, ya que D. Juan, bien por amabilidad o bien por maldad, insiste en que pruebe toda fruta desconocida, y mientras las corta y se las ofrece, le obliga a aceptarla. Primero un negrito trepa a un cocotero y lanza un coco, cuya agua debe beber, uno lo soporta, dos tal vez, pero tres no, y debe resistir y gritar "no me gusta"; entonces tiene que probar naranjas agrias, luego un limón dulce, una enorme fruta de sabor muy agraz, "¿para qué sirve?", pregunta luego de morder profundamente en su ácido contenido, "Oh", contesta el "Don", la comen los castores, en lugar de vinagre". Luego toca su turno a los "zapotes", "mamey", a unas uvas silvestres de Otaheite. "¿Le gustan los plátanos?", corta un árbol con sus propias manos, le envía el racimo a su volante; caña de azúcar, le entrega un enorme mazo de cañas para su placer roedor. Le llenan los bolsillos con cuentas de coral para sus niños, habiendo finalmente agotado toda su atención y ofrecido en vano ginebra, ron y café como despedida, Hulia y su compañera escapan llevando con ellas muchos extraños sabores y un agonizante dolor de cabeza, combinado del sol y los ácidos. Realmente, si en alguna parte existe una sociedad para el fomento de los buenos modales, debían enviar un diploma a D. Juan, advirtiéndole solamente que debían omitir la fruta de vinagre, en sus futuros paseos de hospitalidad.

Aprovechamos el Domingo para visitar el Ingenio más próximo, que era el de D. Jacinto González (41). El sol y no la sombra, es lo que reina en un ingenio. Hay pocos árboles o arbustos en torno a un campo de caña, que en la distancia se parecen a nuestros campos de maíz, siendo el verde de sus hojas más claro, apareciendo una flor pálida aquí y allá. Los puntos de interés son: la maquinaria, los morenos y el trabajo. Entrando a la Casa de Máquinas encontramos al "Maquinista", (ingeniero), supervisando algunas reparaciones en la maquinaria, ayudado por un Coolí y un negrito que pide limosna a todo el grupo, y que se vengó con inteligente impertinencia de aquellos que no se la dieron. El "Maquinista" era un mozo de los Pirineos, muy amable y complaciente. Nos dijo que D. Jacinto estaba muy viejo y rara vez venía al ingenio. Le preguntamos como le resultaba el calor exagerado al que le obligaba su profesión, y en vez de contestarnos, se abrió la camisa mostrándonos las señales de numerosas sanguijuelas. La maquinaria no es muy complicada, la forman una rueda y un plano inclinado por el que se arrojan las cañas, colocado bajo po-

tentes rolletes que las exprimen. Estos rolletes, en número de 3, son todos movidos por una máquina de vapor. El jugo corre hacia grandes calderas de cobre, donde se cocina y se espuma. Como no estaban trabajando, no vimos el proceso. Dejando la Casa de Máquinas, fuimos en busca del "Mayoral", o vigilante, que parecía residir confortablemente en una casa larga, de una planta, y protegida del sol por fuertes esteras. Lo encontramos un hombre fuerte, de modales poco corteses, armado con un sable y además una pistola, un puñal y un grueso látigo. Se consideró un personaje demasiado importante para perder su tiempo con nosotros, pero nos advirtió que el "Mayordomo" nos atendería, lo que en efecto hizo. Entramos en el barracón de los morenos, un extenso edificio de sólida construcción, levantado en torno a un patio, cuya fuerte puerta se cierra, al caer la noche, quedando sus inquilinos en estricto aislamiento, hasta que llega la hora del trabajo, por la mañana. A la puerta nos encontramos al mercader, que visita las plantaciones todos los Domingos, para llevarse el efectivo de los morenos a cambio de varias mercaderías, de las cuales la principal parecía ser pan blanco, telas de algodón, muselinas y brillantes pañuelos de algodón. Nos dijo que los gastos usuales de los morenos llegaban a unos \$25 a la semana. Regateando con él estaba el cochero negro, un africano tatuado, armado de un látigo. El interior del patio bullía como una colmena de abejas negras, los hombres con poca ropa, los niños desnudos, y las mujeres vestidas con decencia. Todos tenían sus pequeños braseros de carbón, con jarros hirviendo en ellos. Los cuartos lucían lúgubres en su interior, oscuros, cerrados y sucios; no tienen ventanas y no entra en ellos el aire y luz, a no ser por la puerta, siempre abierta. Las camas están a veces separadas por una cortina de hojas de palma seca, pero no vi otra comodidad para dormir que no fuera una tabla con una colcha o manta. Desde allí fuimos a la Casa de los Criollitos, donde se cuidan los niños que no son aptos para el trabajo. Los bebitos estaban completamente desnudos, y algunas veces, a su manera, lucen muy lindos, morenos relucientes, con ojos brillantes y piernas bien formadas. No se ha proveído de gran cosa para su diversión, pero las niñas chiquitas las cuidan con gran ternura y una que otra vez los mayores les arrojan un poco de naranjas o "Chaimitos", (42), tras los que se arrastran como monos. Peticiones a los bolsillos de los visitantes son hechas continuamente, por manos abiertas y estiradas, en todas direcciones, para ellas "nada" es la respuesta oportuna, pues si se le da a uno, los demás se le enciman con frenéticas gesticulaciones y tiene Ud. que abrirse paso entre ellos con alguna violencia, que lastima sus propios sentimientos más que los de ellos. En las plantaciones "severas" esto está prohibido, pero D. Jacinto, al igual que Lord Ashburton cuando el tratado de Maine, a fuer de hombre viejo y astuto, piensa que donde la disciplina no puede mantenerse, la paz debe lograrse a cualquier precio. Luego visitamos la Casa de Purga, en la que vimos el deseado condimento (el azúcar), en varios procesos de color y refino. El azúcar es clarificada con arcilla, en largas vasijas, en forma de embudos, abiertos en la parte inferior, para dejar escurrir la miel. Encima de ellos hay grandes barriles de azúcar gruesa y oscura y debajo un enorme tanque de miel fer-

mentada (43) en el cual las ratas y los negritos cometen ocasionales e involuntarios suicidios y de la cual se fabrica ron. El ron no constituye una mala palabra en Cuba, en Boston todos se escandalizarían cuando se le nombra, pero en Cuba nadie se escandaliza por tomarlo.

Aquí terminó nuestra visita al ingenio de D. Jacinto, y a una hora buena por cierto, ya que comenzaba a hacer tanto calor que corrimos a la "volanta" y nos recostamos en sus cojines, tratando de recuperar aire. Encontrándonos con una morena, con una carga de naranjas en la cabeza. Compramos y comimos las frutas con avidez, pese a que las naranjas estaban ácidas. Las sacudidas sobre tres millas de piedras y tierra no mejoraron por cierto las condiciones de nuestro dolor de cabeza. Al llegar a San Antonio, agradecidas, nos metimos en la cama el resto de la mañana y soñamos conque el descarado negrito de la Casa de Máquinas corría detrás de nosotros y levantando la cortina de la "volanta" nos gritaba la última impertinencia, dándonos un beso en la mano como despedida, afortunadamente definitiva.

Capítulo XV: Pág. 180.—Santa Cruz tiene mejor clima que Cuba, también Nassau, pero en Cuba hay mejores sitios que La Habana. San Antonio es mejor, Güines, Guanabacoa, y hasta Matanzas, son todos más saludables, y mejor que en todos, es residir en un cafetal o en un ingenio, en el interior, pero para lograr este objetivo se hacen necesarias cartas de presentación, como ya observé en otra ocasión, sin que en conseguir las puedan ayudarlo su Cónsul o su Banquero.

En esta agradable compañía volvimos nuevamente a San Antonio. Mi amiga no se sentía bien en La Habana, donde su graciosa cabeza se inclinaba cada vez más por dolor y la debilidad. Pero una vez fuera de la ciudad, su cabeza se levantó como un lirio después de la lluvia, y todo, en el pequeño viaje, fué placer y sorpresa; la confusión de los boletos, los nuevos árboles y las flores exóticas, que la llenaban de admiración. Esto sí era Cuba. La Habana tenía lo que era semejante en todas partes del mundo. No tardamos en llegar al límpido río, con sus márgenes cubiertas con verdes arbustos, y el siguiente pitazo de la locomotora, como el cuerno de un hada, nos trajo el pequeño pueblo, con sus calles y sus puentes, su única iglesia y su diminuta plaza. Caminamos por la recién pavimentada calle, bordeada de construcciones de palma y adobe, en cuyas puertas jugaban los niños desnudos, mientras sus padres hacen tabacos o los fuman. Los soldados fuera de servicio, recorren las calles, y los tenderos miran detrás de sus pequeños y oscuros mostradores, en los que se amontonan los desechos de mejores mercados. Aquí está el Hotel Americano, y justamente enfrente, el eterno piano, tocando como siempre, "Norma", doce de las 24 horas del día, lo que era una calamidad, pero más vale que no me queje, ya que en la puerta de esa casa, estaban María y Dolores, para darme la bienvenida, y escuchando sus voces "Norma" deja el instrumento de su venganza y viene a abrazarme. Es verdaderamente agradable, al llegar, a donde alguien se alegra de vernos. Esta

amable gente me confortan con su recibimiento; también en el Hotel, Mrs. L. . . . , siempre contenta en recibir a alguien, especialmente cuando llega con un baúl con apariencia de quedarse. Nos festejan por todas partes, nos dan las mejores habitaciones y nos sentimos muy contentas.

Por la noche, visito la casa de enfrente, que me era conocida desde mi anterior estancia, pero de la que hablo ahora por primera vez. Sus dueños son de posición desahogada aunque moderada, y sus costumbres son las típicas de la vida pueblerina en Cuba. En ella encontré el acostumbrado círculo, aunque no en "círculo", sino sentados en dos filas paralelas, meciéndose, y fumando unos frente a otros; el papá es pequeño, de tipo español, con buenos modales, y sin dientes. La mamá no tiene más de 40 años y es una maciza y atractiva mujer, con esa expresión digna, que es más que la belleza, es sencilla en su vestir y reposada en todos sus modales, haciendo que se la recuerde por sus ojos expresivos. María es una muchacha rolliza, de unos 30 años, que usa 10 cosméticos en su arreglo, apesar de lo cual conserva un cutis tolerablemente fresco. Dolores es tranquila y amable, y pasa sus días cuidando dos niños huérfanos, cuyo padre se los trae todas las mañanas, recogidos por la noche. María Luisa, a la que llamo "Norma", es la única hija de familia, es bonita y modesta, ligera y pequeña como su padre, pero con lindos ojos. Nos dicen que es una gran belleza de la localidad y su talento musical es considerado prodigioso; además de esto encontramos al Dr. Hernández (44), el Médico del pueblo, un aragonés vigoroso y bien plantado, de cara bondadosa y honrada; y a Juanito, el maestro de música, un joven de 18 años, de Barcelona, de pelo negro, lacio, cara picada de viruelas y el par de ojos más maliciosos que hayan podido contemplar los misterios de su divino arte. Le ofrece cigarros a toda la familia, la mamá tomó uno. Y también Dolores y María. Me ofreció la cajetilla, con un "té fuma Hulita", pregunta, y pareció muy sorprendido ante mi negativa, suponiendo sin duda, que las mujeres de cierta edad, fuman en todas partes del mundo. Una pequeña lámpara ilumina pálidamente el grupo familiar. Canto una o dos canciones, que son lo bastante buenas para atraerse un "muy bonito", entonces María Luisa es, a su turno, invitada a tocar y truena la obertura de "Norma" hasta el finale. ¡Oh! no había descrito el piano, es uno grande y lleva el nombre de Stoddard. Debe tener 60 años y parece haber pertenecido a 3 generaciones y a 10 escuelas de pupillage. Es una especie de esqueleto de piano, vacío de música, y el ruido de sus pobres huesos hacen que me duelan los míos. Terminada la ópera, se propone el baile, y Juanito, inútil de una mano, se hace acompañar de María Luisa, que se presta voluntariamente a tocar, esta vez una "contradanza", llamada el "Telégrafo Atlántico" (45). Aprendimos la "contradanza" en otra ocasión, pero ahora todos nos insisten, "Hulita, tiene que bailar con el doctor" y a este supremo honor me debo resignar. El distinguido funcionario se priva de su tabaco, se seca la sudorosa frente con su pañuelo, y se ofrece como un candidato a nuestra mano; "vamos", dice, y comenzamos con un paso lento, en círculo, a una música indescriptible, es trabajo suave, nada de los espasmódicos valeses, de las pateadas

polkas ni de los frenéticos "jimeriges" (46). Este baile de moda, grave, posee la lentitud de una eternidad. El resto del grupo familiar se ha reunido por parejas, y todos damos vueltas y vueltas, y de pronto nos encontramos para una derecha e izquierda, lucimos encantados, y la damos la vuelta de nuevo. El baile sigue, hasta que tenemos bastante sentido para recordar que existe algo, como la hora de acostarse. Nos detenemos, preguntamos la hora, encontramos que es tarde, anunciamos que debemos marcharnos, lo que no ocasiona sorpresa. El piano cesa, y las velas se apagan, hay un besuqueo general, y "buenas noches, Hulita", el Dr. Hernández me acompaña a casa. Pasamos todas las noches con esta familia, y todas las noches son iguales.

Cap. XVI.—San Antonio.—La Iglesia, el Domingo.—La Familia de S.—Pág. 190.—El peor arbusto tiene su flor, si Ud. se la sabe encontrar, y el sitio más aburrido de Nueva Inglaterra tiene sus días, en que los vecinos escuchan discursos y se emborrachan, lo uno demostrativo de la moral, y lo otro de las costumbres de la comunidad. De manera semejante, el pueblo más pequeño de Cuba, tiene sus Domingos, en los que las mujeres, encerradas el resto de la semana, van a la Iglesia con sus mejores trajes, los hombres asisten a las peleas de gallos, y por la noche hay baile o sermón, según la iglesia lo haga festivo o de ayuno. La población de San Antonio, no parece ser particularmente dada a la devoción entre semana, ni en otro lugar de Cuba encuentra Ud. hombres o mujeres, rezando en las iglesias, como los encuentra Ud. en Roma. En las gentes hay un grado de sobriedad en todas las cosas, en parte español y en parte puede ser resultado de lo extremado del clima, lo cierto es que el cubano español no tiene en el placer, ni en la devoción, la exageración del francés o el italiano. La iglesia de San Antonio estaba siempre abierta, pero siempre la encontré desierta, con excepción de los Domingos por la mañana, cuando fui a ella a observar modales y costumbres. La Misa Mayor era a las 8, y en todos sus aspectos era una copia en pequeño del mismo ceremonial que describí en Matanzas; el acompañamiento de una música marcial, con el Regimiento asistiendo desde fuera. El piso de la iglesia estaba cubierto de cojines próximos ocupados por personas de rodillas. La exhibición de buenos trajes y buenas miradas resultaba alegre y reconfortante. Había menos removerse y abanicarse a pesar de todo que en los pueblos mayores, pero sin duda el telegrafarse usual se llevaba a cabo, sólo que de modo más discreto, tal como lo exigía el decoro de un pueblo. El cura, continuó sus pequeñas e inofensivas funciones, ante el altar, con lo que parecía ser una dalmática de algodón sobre su espalda, pero que sin duda era de un brocado de considerable grueso. Lo que decía, desde luego, no se entendía. "Juanito estaba en el órgano, colocado a un costado, en una galería alta, de manera que su cara impía y sus maliciosos ojos, formaban parte del cuadro. Pese a estar cerca del cielo, por su posición, lucía más que nunca poseído del diablo (perdonando la expresión), de lo que nunca lo había visto. Con él estaban tres jóvenes en el Coro, atacando el "Kyrie Eleison", haciendo el cuarto en el cuarteto, y tocando el acompañamiento, sin perder nada de lo que pasaba en la

iglesia. La música era buena, muy similar a la de Mozart, pero cuando después le pregunté a Juanito, me dijo que era un "Capriccio" suyo, del que era autor. Sólo podemos dejar constancia, que de no ser de Mozart, con seguridad algún día oiremos hablar de "Juanito" como compositor.

Dos viejos limosneros que se quitan sus andrajosos sombreros, con tanta solemnidad y humildad durante toda la semana, estaban presentes, pero no pedían en la iglesia, ni tampoco conversaban, como sus colegas italianos, en el mercado, sino que comenzaban con un lento informe de sus penas que Ud. interrumpe con un "nada", retirándose compungidos. Los cubanos, generalmente, les dan algo, siempre sin censura. En la iglesia había igualmente, una figura de Cristo de rodillas, ni humana ni divina, colocada sobre una plataforma, con cuatro faroles en las esquinas y ante la cual ardían varias velas. Es cargada por las calles, durante la Cuaresma, y para la devoción y cantos de la misma. Terminada la Misa, regresamos, caminando, al Hotel, y en él estaba nuestra linda vecina María Luisa, mirando, desde la puerta, la llegada de la gente que venía de la iglesia: "¡Qué!, ¿no fuiste a Misa, María Luisa?", "no, lo sentí tanto, pero Papá salió con Dolores, y María está con una amiga enferma, de modo que no tuve quien fuera conmigo".

Decididamente, hay gran condescendencia en materia de religión en la casa de enfrente. De otra parte, la opinión pública, aún en San Antonio nunca hubiera permitido a María Luisa, o a ninguna otra mujer de menos de 60 años, caminar, tranquila, por las calles, sin una compañía, aún en un recorrido caritativo o piadoso. Apenas si podría acudir a la cabecera de una madre moribunda sin ser escoltada por alguien. Pasamos el resto del Domingo resignadas con el calor, marcando el termómetro 86 a la sombra, (digamos el 4 de Marzo), escribiendo cartas y sudando como un leñador o un gordo en una polka. Para el sexo fuerte están la Valla de Gallos, todos los "cafés" y los billares, también llenos de soldados y campesinos, escuchándose el taqueo de las bolas por las calles tranquilas. Hacia el atardecer salimos a caminar, y encontramos el pueblo lleno de actividad, con pequeños grupos de personas y las ventanas de las casas o al menos los postigos, llenos de mujeres con sus mejores trajes, algunas lucen bien, y todas frescas y cómodas, pero indolentes. Acá y allá se ve la luz de un cigarrillo ocasional. Pasamos por las Barracas de la Caballería, antes un espacioso Monasterio, y vimos los caballos recogidos de su pasto, al aire libre, para pasar la noche. Obedecían las órdenes con un poco de rienda, dando tolerables arrancadas hacia la puerta, pero entrando finalmente con estilo. El olfato se sentía regalado, con los sabrosos olores de la cena de los soldados. Mirando por los rejas, vemos enormes sartenes, friendo sobre hogueras de carbón, el resto permanece en la obscuridad, ya que se ha hecho tarde. Los hombres forman un grupo más robusto que los de Matanzas, pero los caballos no poseen los huesos y la musculatura necesarios para las acciones fuertes, no sirviendo bien más que como caballos ligeros. De regreso a casa, encontramos a nuestros amigos de la casa de enfrente, que se dirigían al "Sermón", según nos dicen, ya que estamos en Cuaresma, y no en Carnaval. Mamá usa un velo negro,

y los otros van sin sombrero. Todavía nos queda té para tomar, pero con cuantas dificultades; hemos pagado un peso por una tetera, que en Boston nos hubiera costado 25 centavos. Nuestra preciosa libra de té negro traída desde casa, aún no se ha agotado, pero que difícil es conseguir que el Jefe de Comedor, Antonio, ponga el té en la tetera, haga hervir el agua y la eche hirviendo sobre el té! y sin embargo este rito sagrado lo hacemos todas las noches. Tiene la solemnidad de un acto religioso, ya que donde se encuentra la mesa de té, para nosotros, está el hogar. Después del té, una silla junto al pozo, en medio del patio, y a gozar del espectáculo de las estrellas tropicales. La dueña de la casa charla insignificancias con un raro californiano, que parece un cura renegado. El excitable carolino, ha logrado que alguien lo escuche protestar de Cuba y glorificar a Charleston. Más allá, en el ángulo izquierdo, un resplandor de luz denuncia la cocina, y al lado siguiente del cuadro, Polonia, la esclava lavandera, que ha permanecido en la tabla de planchar todo el día, desahoga sus sentimientos, en apasionados trozos de conversación, sacudiendo su cabeza envuelta en un pañuelo, moviendo los brazos y volviendo a la plancha, con mayor determinación que nunca. Pobre esclava, una gran deuda se había acumulado en su contra antes de nacer y el trabajo de toda su vida no podrá saldarla, arruinada, deberá morir y pasar la deuda como única herencia a sus hijos. Así, el mundo, para el esclavo, es una prisión por deudas, con un buen o mal carcelero, y por casi único consuelo, un breve trato ocasional, durante toda su vida. Y así mientras el cocinar, el murmurar y el planchar continúa a nuestro alrededor, tú y yo, lector, examinaremos, sentados, junto al pozo, bajo las estrellas de este pueblo de San Antonio, miles y miles de millas de profundidad, en el oscuro terciopelo del cielo tropical.

Era Domingo, y con el día siguiente vino uno de esos cambios que se parecen, si no en grado al menos en forma, a los caprichos de nuestro clima continental. El día ha sido de un poco menos de calma que lo usual, sin embargo estábamos cómodamente sentados a la mesa, cuando un viento repentino sacudió toda la casa, soplando furiosamente por las persianas y amenazando con llevarse el mantel, volando sobre nuestras cabezas. Un fiero aguacero le sucede, nuestra mesa está colocada en la galería cerrada sólo por un lado con cortinas venecianas, y a través de ellas el agua entra como una andanada de cañas tiradas sobre la escena de un teatro. Se nubla y hace mucho frío durante una hora o más. Se escucha un instantáneo cerrar de puertas y postigos de maderas, y nosotros, los que almorzamos, nos protegemos del agua y del frío, con las pocas ropas de abrigo de que disponemos, ya que el grueso de nuestras ropas de abrigo se quedó en La Habana, en ese Baúl marino que esperábamos no tener que abrir más nunca. Pasamos el resto de la tarde, empolladas, como podíamos. La lluvia pronto terminó, pero el viento frío continuó por varios días. Es el norte, fatal para la fiebre amarilla, pero también fatal para sus enfermos y temido por cualquier tipo de convalescientes. Para nosotros, al terminar el temporal, el aire helado trajo consigo un cielo gris y el deseo de ejercicio, pero los inválidos tiemblan en él como las hojas de los rosales

con la escarcha, la fiebre cede a una palidez mortal y las ojeras moradas, que señalan la órbita de los ojos, lucen más marcadas que nunca. Al encontrarse, se miran las caras de unos a otros, con miradas ansiosas, como si quisiesen indagar que recurso tendría su pequeña comunidad contra el enemigo común. El aspecto de la calle se encuentra cambiado. Las mujeres, apenas se ven, excepto en grupos de 3 ó 4, en fila, mirando a través del pequeño postigo abierto, en las hojas de las ventanas, y dando la impresión de numerosos grupos de pie sobre su sarcófago. Los hombres, andan caprichosamente por todas partes, cada uno envuelto en los oscuros pliegues de un abrigo español o "capa", en las cuales el material varía, desde el fino al ordinario, pero cuya forma es siempre la misma. Estas figuras, solemnes y majestuosas, se parecen a los "misteriosos personajes" del teatro; los bandidos, los espías, los amantes embozados y otros tipos que vimos alguna vez donde el teatro ha mantenido la tradición de la vida real. Estas costumbres, iniciadas sin duda, desde hace mucho tiempo en España, se imitan acá, sin haberse cambiado nunca. ¿Qué crimen medita este hombre grave con cejas espesas y grandes ojos? Asesinato, o conspiración al menos, no, sólo quiere comprar una ristra de cebollas, en la tienda de la esquina. ¿Y aquel melancólico héroe, con cara pálida, color aceituna, sombrío como un Romeo de teatro después de haber comprado el veneno?; entra en aquella puerta sólo para refrescarse con una copa de "aguardiente" y jugar un partidito de billar. En la casa de enfrente, Dolores se queja de "muchísima flucción", un fuerte catarro. ¿Es el "Mensaje del Presidente"? le preguntamos (47); no, en San Antonio le llaman al catarro "El Polvorín", desde que explotó en La Habana uno, el año pasado. Decimos al Dr. Hernández que tiene que curar a Dolores, y él le promete un "vomitivo", cuya sola mención logró que a la mañana siguiente se hubiese acelerado considerablemente su convalecencia. La salud de la población sufre del Norte, y el Dr. tiene las manos llenas. María nos da noticias de los amigos enfermos a los que cuida, "tiene una calentura", (la fiebre del país), con delirio. Lo tratan con sangrías hechas por sanguijuelas, borraja, té, mostaza en los pies, alrededor de la cabeza pan con aceite, vinagre y pimienta como "preventivo". Uno de nosotros interrumpió "los sazonan ustedes y rellenan con hierbas como para asarlos", el Dr. Hernández, gravemente, explica y defiende esta táctica.

Mientras el Norte continúa con toda fuerza, vamos a hacerle una visita a D. Juan Sánchez (48), un hombre de fortuna y posición en San Antonio, propietario de grandes fincas, en la vecindad. Don Juan no está en casa. Su esposa, Doña Tomasita (49), y el Tutor o Preceptor, un señor francés de edad, nos recibieron. Ella es joven, aunque madre de siete niños. A nuestra solicitud pasamos revista a todos en el salón, entrando en la siguiente forma: Manuel, de 8 años, envuelto en el abrigo de teatro, con el aspecto más grave y quien marchando hacia nosotros, comienza por interesarse por nuestra salud, en muy buen Inglés; luego entra Tomás Ignacio, de 7 años, también con una "capa" y grave, este niño se dirige a nosotros en Francés, y se sienta junto a su hermano; le siguieron dos

nobles figuras, de cinco y de seis años, vestidas de la misma manera y con el mismo decoro y educación. Las cuatro criaturas con trajes de hilo y abrigos negros estaban positivamente impresionados y no fué hasta que "Dolorita", la Bebita, empezó a chillar en brazos de su madre, y "Ricardo", de tres años, comenzó a saltar sobre el piso, a sus pies, que pudimos sentir que estábamos en presencia de una muchachada normal y espontánea. Antes de marcharnos, Doña Tomasita, bondadosamente, puso toda su casa y todos sus bienes terrenales a nuestra disposición, pero nosotros, con gran moderación, sólo reclamamos el derecho de marcharnos por la puerta principal.

Capítulo XVII.—La Educación.—Última noche en San Antonio.—Despedida.—Un número de nuestro programa, visitar un día las escuelas públicas de San Antonio, nos demostró que los cursos de estudios para niños son considerablemente extensos, comprendiendo todas las ramas elementales que son usuales, incluyendo la Historia de España, al menos lo bastante de ella para que aprendan niños cubanos. Para la educación de las niñas se destina una hora sola y en ella se acumulan la necesaria lectura y escritura, un poco de instrucción sobre contabilidad y la geografía de la Isla. Mi amigo se oponía a esta desigual división en el uso del tiempo, pero aquellos autorizados insistían en que se llevaba a cabo de acuerdo con los derechos de la naturaleza, razonando ambos en la siguiente forma: Americano: ¿Quiere Ud. decirme que los varones deben estudiar 5 ó 6 horas al día y las niñas sólo una? Maestro: sin duda; Americano: ¿Por qué hace Ud. esta diferencia? Maestro: porque las mujeres necesitan mucha menos educación que los hombres; Americano: ¿Y cuál es la razón? Maestro: tienen menos talento y sus medios de vida les exigen que cultiven menos el que tienen. Americano: ¿Qué conocimientos cree Ud. necesarios en una mujer?, supongo que solamente saber leer y escribir. Maestro: sí, y un poco de Aritmética, el resto de su tiempo lo deben ocupar cosiendo y dedicándose a las atenciones de su casa. Americano: pero suponga que se le pidiese a Ud. que añadiese un poco más a esta educación; ¿qué es lo que agregaría? Maestro: (después de reflexionar un rato). Realmente no sé, a no ser tal vez, cierta cantidad ligerísima de Gramática. Nuestro americano, entonces acalorado, trae a cuento el bien de la raza, "¿No cree Ud., dice, que elevando el organismo de las madres se elevan las oportunidades intelectuales de toda la raza?, madres estúpidas tendrán hijos estúpidos, los resultados de la cultura son hereditarios". El Maestro le replica que esto no es asunto suyo, pero Don Juan Sánchez Toledo, que está presente, al ser interrogado, asiente, piensa que sería bueno que una madre tuviese ideas, hasta donde fuese capaz de tenerlas; pero una madre de corazón vehemente a quien se contó la conversación, sonrió, observando que tanto el americano como el cubano hacían de la mujer

un instrumento para los intereses de la raza, "¿y si nunca fuese madre?", replicó, educarla para ella misma, a fin de que pueda dar buenos consejos y discernir lo noble y lo hermoso, ya que las mujeres sirven tanto para inspirar a los hombres, como para darles la vida, o vivir la suya propia. "Tienen derecho a saber todo aquello que eleva y dignifica la vida". Y esto nos trae a la imaginación otra conversación breve, escuchada en uno de nuestros viajes. Joven esposa (sosteniendo en las manos un número del "Atlantic Monthly"): deberían aprender las mujeres el alfabeto, querido, ¿qué crees tú Joven esposo: Oh, desde luego, no son ellas las que tienen que enseñarlo?

Pero se acerca para nosotros la hora de abandonar a San Antonio. Nuestros pasajes de regreso están tomados en el próximo viaje del "Isabel". Si este hermoso barco de vapor resulta alegre y rápido, como lo describen sus anuncios y el consignatario, nuestro viaje, antes aburrido, se convertirá en un verdadero paseo. Sólo tres días de viaje, sol, comodidad, sopa de tortugas al almorzar y desembarca Ud. en Charleston, tranquila y equilibrada en sus modos y en su ropa, menos molestias no son posibles.

Hoy es nuestra última noche en San Antonio y hemos decidido bailar nuestra última "contradanza" con el Dr. Hernández, y tener nuestra última conversación con María Luisa y su madre. Juanito estaba con ellas esa tarde y todos nos sentimos con humor musical. Tocó en piano-forte arreglos de "Norma" y "Lucía", y todos gritamos la partitura, seis notas demasiado altas para nuestras voces. Papá y Mamá aplaudiéndonos, hicimos maravillas en la "Casta Diva" y en "Chu mi frena". Pero ya todo terminó, y sólo uno de nosotros permanece en la ventana, contemplando por última vez, la tranquila escena; delante de ella hay un pequeño solar en el que los chivos comen el poco pasto que queda, durante el día, y en el que las sombras y la luna realizan fantásticos caprichos. Esta mañana, mientras estaba sentada en la ventana, trabajando, pasaron dos hombres de prisa, cargando un ataúd. Siempre veo los ataúdes y alguna vez escribo sobre ellos, éste da tono a nuestros pensamientos por la noche.

La casa de enfrente está ahora apagada y tranquila, el salón, en el que María Luisa borda su camisa y Dolores hace vendas para los enfermos, está silencioso y desierto. Los árboles se destacan con la luna y el río corre sobre su lecho de arena, tan cerca, que se puede oír su voz, y Hulita piensa: dentro de cincuenta años ese río seguirá corriendo lo mismo que lo ve ahora, pero, ¿dónde estarán sus amigos de hoy, sus amigos de San Antonio?, muertos o próximos a morir. Juanito será un hombre de edad entonces, con pelo blanco, que casi siempre no recordará a aquella señora

americana que celebró su composición de música sacra, que tocó en la iglesia. El Dr. Hernández, Papá y Mamá, no podrán ya estar vivos. María Luisa será abuela. Y si Hilita vive, sus achaques la harán esperar la muerte como una liberación. Por todo ello envidiamos esa luna, los árboles y el río, que pueden permanecer y ser eternos. Vi el ataúd hoy, puede que nunca más lo vuelva a ver. Buenas noches, querida Luna de San Antonio, queridas sombras, queridas gentes sencillas y buenas, mañana los abandonaré, quizás si para siempre, pero no los olvidaré nunca.

Al día siguiente, llega el bullir de la partida y el empaquetar de los baúles, ya que tenemos que tomar el tren de la tarde para La Habana. Doña Tomasita nos envió un obsequio de frutas, tantas como un hombre y un muchacho resistente podrían cargar. Las frutas se componían de una fanega de doradas y dulces naranjas, ¡oh!, la gloria de todas las naranjas no se compara con las de esta Isla. La misma cantidad de "Caimitos" y "Mameyes" y un inmenso mazo de cañas de azúcar. Nos apresuramos a compartir estas delicias con aquellos a nuestro lado loando hasta el cielo a Doña Tomasita, y pagando a sus mensajeros. Lo que se pudo cargar, lo llevamos con nosotros. Entonces llegó la despedida para Polonia, que agitó, como de costumbre, sus manos, gritando: "sepa, señorita, que la voy a extrañar mucho", "y yo a ti también, querida y media loca figura de carbón, tú eres bastante humana, aunque morena, puedes dolerte sobre la tabla de planchar como cualquier otra. Deja que éstos pocos reales te consuelen hasta donde puedan de la pérdida de mis simpatías. Si alguna vez vuelvo a la Isla, te ayudaré a trabajar y a ganar buen sueldo".

Pero no así a ti, bribón de Antonio, no eras tú acaso libre y pérfido, te confiamos una cantidad de dinero para que pagaras al moreno que cargó nuestro equipaje y te quedaras con una pequeña propina para ti, y pudimos constatar, demasiado tarde, por las protestas del moreno perjudicado, que tú apenas si le distes una propina a él y te pagastes a ti mismo trabajos que nunca hicistes. Por ello, teme a nuestro regreso o al día del Juicio por quien quiera que lo administre.

Nos despedimos afectuosamente de la familia de la casa de enfrente, prometiendo escribir y recordarlas toda la vida, como término vago de cumplimiento. Una baratija o dos puso a los jóvenes contentos, mientras toda la familia se unió para obsequiarme con una colección de viñetas de Cuba, plegable en forma de abanico, que se compran por cinco reales y las que me dieron no sin hacerme antes muchas explicaciones: ésta era una pelea de gallos, ésta una corrida de toros, éste el Teatro de Tacón. Recibí estas explicaciones sin ninguna de esas asperezas americanas que llevaron a un célebre Magistrado a exclamar: "Hay algunas cosas, señor Consul, que se supone que la Corte debe conocer", y, agradecida, me marché. Caminamos hasta el "dépot" (50), bajo el sol de la tarde, nuestro pequeño equipaje conducido en una carretilla y el enorme baúl reposando por 50 centavos sobre la cabeza de un moreno grueso. "Man, moreno podría llevar el mundo en la cabeza si se lo pudieran colocar".

Y aquí vino el descubrimiento de la bribonada de Antonio, le habíamos dado un octavo de onza para pagar los cargadores, de acuerdo con lo pactado, ya que se me dijo que debían pagarles un peso y tres cuartos, lo que le dejaría para él 3 reales. Aseguró que había hecho esto con un aire tan ingenuo que nos sentimos un poco apenadas de propina tan pequeña y le agregamos el remanente de nuestro cambio que no era mucho. Sólo al último momento, cuando ya el tren estaba resoplando y echando humo, es que vinieron los pobres morenos para decir que un peso era demasiado poco para cargar todos los baúles. Se nos encogió el corazón, pero ahí estaba el tren, la bolsa vacía, y Antonio fuera de vista. Esperamos, pues, que no se vuelva a encontrar con nosotros, como ya hemos dicho.

Pero, como nunca hay una partida sin una omisión, sin algo que Ud. ha dejado olvidado y que quería llevarse, o sin algo que Ud. se llevó y que debió haber dejado, al seguir su viaje desde una casa inglesa de espléndida hospitalidad, en la que una tohalla abandonada encontró el camino de su apartamento. Antes de descubrirlo, una carta confidencial de la dueña lo sorprende, informándole el hecho, y rogándole devuelva el artículo perdido, enseguida, lo que se hace con seis sellos y un ligero temblor de la mejilla. En el presente caso no nos hemos llevado nada que no fuera nuestro, pero sí hemos dejado un objeto de importancia y dignidad doméstica.

Extranjero, si alguna vez te sientas en aquella mesa de té en el hotel de San Antonio, con una lámpara humeante debajo de tu nariz, tres platos insípidos de conservas colocados ante su vista, una taza de un insalobre astringente ofrecida y un viejo pan-tostado, formando el complemento de tu comida, y entonces ves allí una blanca tetera con franjas azules, luciendo como si hubiera alcanzado mejores días, entonces acuérdate de nosotros! Que apenas nos habíamos colocado en el carro cuando un pensamiento nos asaltó. Era demasiado tarde para hacer nada, tocamos al hombre de nuestra amiga, que como de costumbre, sólo se interesaba por las palmas y el paisaje, para comentar con una mirada de melancólica comprensión: "se nos quedó la tetera".

XI

SAMUEL HAZARD (1834-1876)

"Cuba with pen and pencil". Hartford Publishing Co. 1871. ("Cuba a pluma y lápiz, por Samuel Hazard). Visitó a San Antonio en 1866.

Cap. XXV.—.....San Antonio de los Baños es un bonito pueblo, dotado de buenas casas y con una población de 5,000 habitantes, situado a una distancia de 23 millas de La Habana, y en comunicación con ésta por el ferrocarril de Guanajay. Cuenta con aguas minerales y baños, siendo frecuentado como un lugar de veraneo por los habaneros. Cerca está el distrito de Alquizar, celebrado por sus excelentes cafetales, que el ex-

tranjero puede visitar alquilando una volanta en San Antonio y diciendo al cochero que le lleve al "cafetal más próximo". El grabado que ilustra la siguiente página dará una idea del aspecto general de uno de esos cafetales, con su soberbia entrada y avenida de "palmas reales", y a regulares intervalos, sus hileras de naranjos, plátanos y otros árboles, cuyos dorados frutos forman un fuerte y notable contraste con las hojas verdes del café. La volanta, con 3 caballos, es la manera peculiar de viajar en el campo; montando el "calesero" en uno y guiando a los otros 2, pero los 3 en el mismo frente. Las señoras, van reclinadas, a su gusto, en el coche, escoltadas por su montado y siempre atento "caballero". La palmera es probablemente el más útil a la vez que el más bello árbol de la Isla de Cuba, y se encuentra en cualquier porción de ella, prestando encanto y carácter al paisaje. La llamada "palma real" es sólo una de las 22 variedades conocidas de esta majestuosa familia en los trópicos. Sus pencas se doblan airoso y graciosamente desde la copa de un tronco cilíndrico de 15 a 20 yardas de altura; en el centro de las pencas se halla el "cogollo", que se eleva perpendicularmente, con afilado extremo, parecido al de un pararrayos. Dentro de este "cogollo", que envuelve hojas blancas y tiernas, se encuentra el "palmito", con el que se hace una muy deliciosa y nutritiva ensalada, también se cocina, al igual que la coliflor, y se sirve con una delicada salsa blanca. De las dos maneras es un manjar agradable y succulento. Las pencas, en número de 20 a 22, están aseguradas al tronco por una especie de escama, llamada "yagua". Al pie las pencas salen pequeños botones, que se abren en delicados haces de diminutas flores, seguidas del fruto o semilla, "el palmiche", que se utiliza como alimento para las piaras de cerdos; igualmente lo usan como sustituto del café, las clases más pobres en algunas partes de la Isla. El tronco de la palma es un cilindro o tubo, lleno de fibras lechosas, que rasgadas en tiras desde la cumbre a la base, y debidamente secadas se hace con ellas unas estrechas y delgadas tablas que utilizan los campesinos para formar las paredes de sus rústicas viviendas; en tanto que las pencas les sirven para techo de las mismas. Para este último propósito también usan las hojas de "guano", nombre genérico que se da a todas las palmas, exceptuando la "palma real", "el corajo" y el "coco". Las yaguas sirven para techos y para formar las paredes de los "bohíos" y su uso es general entre los campesinos, para formar toda clase de cobertizos. Se utilizan igualmente para cubrir tercios de tabaco, así como otros productos. Rasgada la yagua en estrechas tiras sustituye al cordel para atar paquetes, y éstas se llaman "ariques". El "Yarey", es otra de las palmas que amerita especial atención, pues con sus hojas se hacen excelentes sombreros, cuyo uso es muy común entre las gentes del campo, y aún la que vive en los pueblos. La elaboración de los mismos constituye una importante industria a la que se dedican principalmente las mujeres, que ganan de 1 a 2 pesos por sombrero. Todavía hay otra palma muy útil conocida por "miraguano", de la que se obtiene una especie de musgo que en el campo se usa para rellenar almohadas y colchones.

NOTAS

- 1.—Carta dirigida por Abbot a su esposa, Eunice Abbot (née Eunice Wales).
- 2.—Cuarteles.
- 3.—Guanimar. Equivocación de Abbot, pues se trata de Cajío, ensenada en la costa Sur de la provincia de La Habana.
- 4.—Guardarrayas.
- 5.—Cueva del Sumidero.
- 6.—En esa época había plantado frente a la iglesia un hermoso árbol de pino real.
- 7.—Guardieros. Personas que servían como de porteros, viviendo junto a la portada, destinados a ser como "serenos" o guardianes de las haciendas.
- 8.—Vereda Nueva. Pequeña población, perteneciente al Término de San Antonio.
- 8.—Ceiba del Agua. Pequeña población perteneciente al Término de San Antonio.
- 10.—Capellanías. Caserio junto al río así llamado, cerca de Ceiba del Agua. El río nace en Guanajay y termina en el ingenio "Concepción", hoy Ingenio Nuevo.
- 11.—Flux. En el siglo pasado se llamó así en el campo al traje, de dril u holán, cuya chupa era igual al pantalón. Hoy se llama "flus", al traje de hombre.
- 12.—El cafetal "Buena Esperanza", perteneció al Dr. Finlay, padre del famoso médico cubano Dr. Carlos Finlay, quien en esa época se encontraba en el cafetal con su familia. Debe ser la finca tabacalera propiedad hoy del Sr. Severo Jorge Cepero, así llamada todavía, situada cerca de El Gabriel. Aunque, según Wurdeman, estaba a 5 millas, al parecer, el Sur de Alquizar.
- 13.—Compañero de viaje, escrito en francés en el texto original.
- 14.—The Fat Knight (El Caballero Gordo). Personaje de la literatura inglesa. Se refiere a Sir John Falstaff, Caballero inglés del siglo XV, paje del Duque de Norfolk, que entró más tarde al servicio de Tomás de Clarence, segundo hijo de Enrique IV, y que fué immortalizado por Shakespeare en su drama "Enrique IV" y en "Las Alegres Mujeres de Windsor", haciendo de él un Caballero viejo, gordo y de buen humor, y habiendo pintado un retrato de este personaje el pintor alemán Eduardo Grützner.
- 15.—Cuarteles para la tropa.
- 16.—Se refiere a la Delegación existente en S. Antonio de la Sociedad Económica de Amigos del País; que fundó el Real Colegio de Sta. Cristina.
- 17.—Gabriel María de Cárdenas y Santa Cruz (Nov. 22, 1759—Jul. 4, 1815). Fué el Segundo Marqués de Monte-Hermoso, fundador de S. Antonio y quien designó su primer Ayuntamiento, de acuerdo con la escritura de fundación.
- 18.—Bohíos.
- 19.—Cajío. Playa en la costa sur de la provincia de La Habana.
- 20.—La yagua.
- 21.—Se refiere al machete.
- 22.—En inglés se conoce la Ceiba con el nombre de árbol de algodón, por su fibra esponjosa.

23.—La Posada "La Punta", llamada también "La Punta de Roldán" o "Valla Vieja", en la esquina actual, S.O. de Vivanco y Tito Illera.

24.—El calesero.

25.—Tienda mixta.

26.—A. S...—Adolfo Sauvalle, hijo de la Sra. Chanscal, residía en la ciudad de Cárdenas, donde dió a Fredrika Breners una carta de presentación para su madre, que vivía en el cafetal de su propiedad "La Concordia".

27.—Posada "La Punta", en San Antonio.

28.—Madame o Señora C...—Señora Chanscal, casada, en primeras nupcias, con Francisco Adolfo de Sauvalle, y en segundas, con el Marqués español de O... Era la dueña del cafetal "La Concordia", en Alquizar.

29.—El Sr. Idefonso Miranda, era propietario del cafetal o finca "Miranda", cerca de Alquizar, al Sur de Bagatela. Otra finca llamada "Miranda" estaba en el Tumbadero, barrio de S. Antonio, hacia el O. de la taberna del Tomeguín.

30.—El cafetal "La Concordia" estaba al Sur de Güira de Molena. Era propiedad de la Sra. Chanscal. Otra finca existe al Sur de Alquizar que hoy conserva ese nombre "La Concordia".

31.—Adolfo Sauvalle, nieto de la Sra. Chanscal.

32.—Alfredo y Sidney Sauvalle, hijos de la Sra. Chanscal, de su primer matrimonio con Francisco Adolfo de Sauvalle. Este parece ser el sabio naturalista Francisco Adolfo de Sauvalle, que nació en Charleston el 1º de Julio de 1807 y murió en La Habana el 1º de Febrero de 1879. Era hijo de un oficial de la marina francesa. Llegó a Cuba en 1827, comenzando aquí una importantísima labor científica en el campo de la Fitología, llegando a ser uno de los más grandes botánicos de nuestro país. Fué Miembro, Secretario y Vice-Presidente de la Academia de Ciencias, de la Sociedad Económica y de las principales instituciones científicas de su época, y colaborador científico de "El Ateneo" y otras muchas publicaciones cubanas. Dejó a la posteridad la importantísima obra "Índex plantarum cubensium", donde describe toda la Flora Cubana conocida, y en la que incluye otras muchas plantas descubiertas y descritas por él.

33.—Días festivos.

34.—Se refiere al mosquitero.

35.—Acanto de los americanos nortños.

36.—Biajacas.

37.—Existen varias Venus agachadas o arrodilladas, siendo la más conocida la que se encuentra en el Museo Vaticano. La Venus Cyphera parece ser la Venus Citera de Hesíodo, que según la mitología, nació de la espuma del mar engendrando al dios del amor al unirse a Hermes. Una de sus representaciones es la Venus Anadiomena, que se conserva en el Museo de las Termas, en Roma.

38.—Debe ser la famosa finca tabacalera actualmente llamada "Torres", situada en el barrio del Tumbadero, cerca de "El Briche".

39.—Calesero.

40.—Se llamaron "Coolies" a los esclavos chinos o chinos contratados que sustituyeron a los morenos cuando se abolió la trata de éstos.

41.—D. Jacinto González de Larrinaga, dueño del ingenio hoy llamado "Fajardo", que tiempos atrás se llamaba Ingenio "Larrinaga", cerca del Gabriel, y que fué el visitado por Mrs. Julia Ward Howe.

42.—Caimito.

43.—Mieles finales, con las cuales se elabora el alcohol.

44.—El Dr. Román Hernández Barzuaín, Médico de S. Antonio, que después fué Alcalde.

45.—Contradanza, de moda en aquella época.

46.—Jimeriges. Nombre de un baile de campo en los Estados Unidos.

47.—En los E.U., en el siglo pasado, se le llamaba al catarro "El Mensaje del Presidente", por significar algo malo y repentino, ya que con motivo de la Guerra del Sur, los mensajes del Presidente eran generalmente las notas de pésame anunciando la muerte de algún familiar.

48.—Se refiere a Don Juan Sánchez Toledo.

49.—Doña Tomasita Hernández Barrios, esposa de D. Juan Sánchez Toledo.

50.—Dépot. En francés en el texto. Significaba estación de ferrocarril.

51.—Hannovegas. El nombre de esta clase de caballos proviene de que eran descendientes de la famosa cría o raza propiedad del rico terrateniente de esta jurisdicción D. José de Hano Vega, Alcalde y Regidor que fué de S. Antonio.

52.—El cafetal "Santísima Trinidad", estaba al N. de S. Antonio, desde el río hacia el Oeste; al N. de La Majagua, Miguelón y potrero Quintana y llegaba hasta la Hoyada, al S. de Ramírez. Actualmente, por la margen occidental del Río, desde S. Antonio a la Laguna tenemos las grandes fincas: "Quintana" (varias caballerías), "La Macagua" (2 caballerías), "Santísima Trinidad" (4 caballerías), "Peña" (10 caballerías), "Seydel" y "Guerrero". El cafetal "Santísima Trinidad" debe haber comprendido las fincas hoy llamadas "Santísima Trinidad", propiedad del Sr. Alberto Odrizola, "La Macagua" y "Peña", esto es, de más de 25 caballerías.

53.—El ingenio "El Jobo", estaba más allá de Guanajay, al S. del Muriel, entre éste al N. y Cayajabos al S.

54.—Esta costumbre se observa todavía hoy en algunas poblaciones de Castilla, sobre todo en la provincia de Segovia, pero el que da la salida del tren es un chino sino un español, que recorre el andén con una campanilla, agitando en las manos, de un extremo al otro.

55.—Se refiere Betancourt a los escolares del Real Colegio de Sta. Cristina, en San Antonio.